LA TERCERA DAMA DUENDE.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Sacada de una opera cómica de Mr. E. Scribe.

(Por D. J. de la C. Tirado.)

QUE SE HA DE REPRESENTAR EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ EN EL MES DE ABRIL DE 1842.

ACTORES.

EL CONDE DE OLBRUK.	Don P. Lopez.
EL VIZCONDE DE VALBERG. . . .	Don J. Lombia.
LASTEIN, capitan.	Don A. Alvera.
PETERS, gefe de monederos falsos. . .	Don A. Pizarroso.
IDA.	Doña J. Perez.
DIANA, hija del Conde.	Doña I. Boldun.
UN OFICIAL.	Don P. Sanchez.
ROBERTO.	Don L. Rada.
FRANCISCO.	Don C. Spuntoni.
UN CRIADO	Don M. Reyes.
UN UGIER.	Don J. Fernandez.
UN MONEDERO FALSO.	Don H. Caltanazor.
UN NOTARIO.	Don J. Carceller.

Monederos falsos, Sras., Caballeros, Sres. de la Corte, guardias y soldados.

La escena pasa á principios del siglo pasado en el Gran Ducado de Cassel, en Alemania.

ACTO PRIMERO.

Interior de un castillo gótico arruinado, al pie de una sierra fragosa.—Al foro una escalera medio demolida; á la derecha la entrada de un subterráneo, oculta por unas rocas.

ESCENA I.

Al levantarse el telon se ven relámpagos y se oyen truenos y ruido de lluvia.

VALBERG, *bajando con precipitacion la escalera del foro.*

Si acabaré de bajar! ¡ uf! ya creo que estoy en tierra firme! qué tempestad! Por mas que hacia no era posible lograr que los caballos diesen un paso, espantados con los relámpagos y truenos. Maldita sierra! El camino es una senda que tiene á un lado un precipicio y al otro un monte escarpado. Este ruinoso edificio parece que debe de haber sido castillo, convento, ó que se yo.... por fin he penetrado en él y esos tunantes de criados cuidarán de los caballos, si es que les deja hacerlo el miedo á los ladrones, y á los truenos, y á todo; pero ¡ cuántos salones, corredores y encrucijadas he atravesado antes de hallarme bajo techado! Bendita escalera que me ha hecho descender á un sitio..... (*mirando á su alrededor*), que no es ni subterráneo, ni campo, ni salon, ni tiene ya forma conocida. En fin, estoy al abrigo de la lluvia y por el pronto es lo que necesito. (*sigue el ruido de la tempestad*) Y que no cesa la borrasca!.... Se me figura que lo que es por hoy no llegaré al castillo de mi tio, ni.... (*se oye ruido de marti-*

llazos) Calla! Pues este no es ruido de truenos! ¿De dónde vendrá? (*escucha*) De debajo de tierra! No.... de aqui. (*se acerca á los trozos de rocas*) Qué veo! Por las quebraduras de estas rocas se vé fuego, hornos, crisoles.... Malo! he dado en una caverna donde habita algun alquimista que busca la piedra filosofal. (*viendo á Peters, Roberto y Francisco que bajan la escalera*) Ay! ay! que fachas!.... ¿Dónde me escondo? Ah! aqui.

Se esconde entre las rocas. Entran en la escena los tres ya dichos. Roberto y Francisco traen una maleta. Todos vienen armados con pistolas, arcabuces y puñales.

ESCENA II.

VALBERG, *escondido*, PETERS, ROBERTO *y* FRANCISCO.

PETERS, *que ha bajado el primero.*

Si acabareis de bajar!

ROBERTO.

Como tu no llevas carga ninguna andas ligero. Siempre la echas de gefe y quieres que los demas se tomen todo el trabajo.— Esta maleta pesa mucho.

FRANCISCO.

No tanto como yo quisiera.

VALBERG, *aparte.*

Es mi maleta.

PETERS, *riendo.*

Pero como echaron á correr los que tenian los caballos!

VALBERG, *aparte.*

Mis criados!

PETERS.

Qué cobardes! huyeron solo de vernos.

VALBERG, *aparte.*

No hay duda, eran ellos.

PETERS.

Como dejaron solos los caballos, salieron estos desbocados y se despeñaron por un derrumbadero.

VALEERG, *aparte.*

Pues estoy fresco!

PETERS.

Uno de ellos se tiró lo menos desde doscientos pies de alto. ¿No lo viste?

FRANCISCO.

Yo no, que solo pensaba en recoger esta maleta que se cayó de la grupa de un caballo. Vaya, á ver lo que hay dentro.

PETERS, *que ha abierto la maleta.*

Poca cosa: trajes de hombres, ropillas de terciopelo, encajes....

FRANCISCO.

A mi me vienen muy bien, que tengo rotos los mios.

PETERS.

Una bolsa con dinero.... papeles.... retratos de muger....

VALBERG, *aparte.*

Canalla! ¡Qué bien hacen el inventario! Todo me lo han quitado. Si por acaso mi cartera!... (*registrándose*) No.... aqui está.— No falta en ella ningun papel. Ah! El salvoconducto!... Aqui está, aqui está tambien, sí: (*leyendo*) «El portador y personas que le acompañen pueden viajar»....

FRANCISCO, *sentándose junto á una mesa.*

Veamos primero que dicen estos papeles.

PETERS, *tomándolos.*

No, no; esperemos á que venga Ida, yo se los entregaré.

FRANCISCO.

Dale con Ida! No parece sino que nada se puede hacer sin consultarlo con ella.

ROBERTO.

Siempre hay que pedirla permiso para todo.

FRANCISCO.

Y nunca nos deja emprender ninguna espedicion lucrativa.

ROBERTO.

Y en cambio nos hace trabajar aqui noche y dia.

PETERS.

Como si fuerais artesanos honrados! Ya comprendo, que os aja el amor propio.

FRANCISCO.

No es solo por eso, sino que al cabo..... obedecer á una muger es cosa humillante.

ROBERTO.

Eso digo yo.... y despues ¿quien es ella para mandarnos?

PETERS.

Preguntais quien es! ¿No es la hija de nuestro antiguo y valiente capitan? ¿No es mi sobrina? ¿Habeis olvidado que su padre os mandó con gloria durante veinte años y os hizo ganar sumas inmensas?

FRANCISCO.

Es verdad; era todo un hombre. Nunca le pillaron un contrabando, y nadie como el conocia todos los pasos de la frontera y la navegacion del Rhin.

ROBERTO.

Ah! Si él viviera no seriamos ahora artesanos.

FRANCISCO.

Tendriamos francachelas y andariamos á porrazos con las tropas del Gran Duque.

PETERS.

Pues con su hija tendreis todavia mas ventajas, porque ganareis mas dinero.

FRANCISCO.

De veras?

PETERS.

Se ajustarán cuentas, sacareis una buena pension y la fundada esperanza de morir cada cual en su cama.

FRANCISCO

Eso no es malo; y mucho mas cuando yo seré el primero de mi familia á quien tal cosa haya sucedido. Pero ¿quien nos asegura?....

PETERS.

Yo! yo que nunca os he engañado y que salgo por fiador de mi sobrina y de que puedo hacer todo lo que he dicho.

FRANCISCO.

Pero ¿como es que casi nunca se la vé? Cuando viene aqui solo habla contigo....

ROBERTO.

A ti solo se dirije por dar sus órdenes y eso en pocos momentos, estando ausente lo demas del tiempo.

PETERS.

Está vigilando nuestros intereses, y ya os he dicho mil veces que esa desconfianza y esas quejas son muy fuera de lugar. Ya sabeis que mi hermano era rico y generoso. Desde muy pequeña logró poner á Ida en un colegio donde se educan casi todas las hijas de las primeras familias del Gran Ducado y aun de Alemania. Alli adquirió la muchacha ademas de buenos modales y educacion, relaciones con lo mas florido de la corte; y ahora festejada y obsequiada de muchos señores, recibida en las casas mas principales, nos proteje desde lejos y aprovecha su prestigio en favor nuestro.

FRANCISCO.

En efecto, ella es una perla y merece todo eso.

PETERS.

Es hermosa como el sol, es una flor silvestre que, trasplantada con cuidado, eclipsa todas las bellezas de la corte.

ROBERTO.

¿Y cuando vendrá por aqui?

PETERS.

Muy cerca está. Como es el diablo la tal muchacha, ha logrado no sé como, que la reciban en el inmediato cabildo de canonesas. Pocos dias há llegó á la abadía en un lujoso coche; y como ya sabeis que las ruinas de este castillo comunican con la tal abadia por un subterráneo, hecho allá en tiempos antiguos, cuando los señores del pais eran independientes del imperio, vendrá hoy á vernos por él.

FRANCISCO.

Hoy!

PETERS.

Sí, viene á inspeccionar los trabajos y á dar sus órdenes. Cuidado con faltarla en lo mas mínimo, porque el que se atreva no lo hará dos veces. (*tocando su puñal.*)

FRANCISCO, *riendo.*

Cualquiera diria que estás enamorado de tu sobrina!

PETERS.

Y por qué no he de estarlo? Vive Dios que si os contase lo que ha hecho por mí!.... Mirad, no hace mucho tiempo que hallándome yo en la corte vendiendo los productos de nuestra fábrica, caí en poder del Gran Senescal, conde de Olbruk, el cual en un dos por tres me hizo juzgar como monedero falso y sentenciarme nada menos que á ser ahorcado. Ida supo todo el caso y yo no sé como se compuso, pero lo cierto es que la noche antes del dia en que debia ejecutarse la sentencia, entró en mi calabozo y me sacó de él, dejando al Gran Senescal tocando tabletas. Mi vida toda es poco para pagar tal beneficio.

FRANCISCO.

Dices bien, y por una muger asi daré yo con gusto hasta la existencia.

ROBERTO.

Y yo.

PETERS.

Callad, que esta es la hora en que debe venir.... Tocad la campana para avisar á los trabajadores.

VALBERG, *aparte.*

Soy perdido!

PETERS, *que se ha acercado al sitio donde está escondido y lo ve.*

Qué es esto? Un hombre aquí!

LOS OTROS DOS.

Un hombre! Muera!

VALBERG, *sacando su espada.*

Atrás!

Los tres le acometen y Valberg se defiende. Al ruido salen del subterráneo varios trabajadores mal vestidos y denegridos con el humo, y acometen á Valberg. Le sujetan y van á asesinarle.

PETERS.

No escaparás!

VALBERG.

Infames!

Cuando Valberg forcejea con los que le sujetan se le cae la cartera que coge un trabajador diciendo:

UN TRABAJADOR.

Ola! Una cartera! Dentro puede haber oro ó papeles qué lo valgan! Guardemosla.

PETERS, *quitándosela.*

Suelta tu eso al momento...... Muera ese vil espía! (*Peters se guarda la cartera.*)

TODOS.

Que muera! Que muera!

ESCENA III.

DICHOS, IDA, *que sale por la derecha y se coloca en medio.*

IDA.

Deteneos.

VARIAS VOCES.

Ah! La capitana! Ida! Quietos! Quietos!

PETERS *corriendo á ella.*

Ida! Silencio todos!

VALBERG, *aparte, mirándola.*

Qué hermosa es!

IDA.

Quién es ese hombre? Qué os ha hecho? Por qué quereis asesinarle?

Todos se han quitado los sombreros, separándose con respeto.

PETERS.

Le hemos hallado escondido en esas rocas y debe de ser un espía.

FRANCISCO.

Sí; es un espía.

IDA.

Ahora lo sabremos. (*A Valberg.*) Acercaos.... ¿Cómo os llamais? ¿Quién sois?

VALBERG.

Soy el vizconde de Valberg, que....

IDA.

Ya sé. Os ausentasteis de Alemania hace seis años para ir á combatir contra los turcos al servicio de Venecia.

VALBERG.

Cómo! Sabes?....

IDA.

Sé todo. Sé que vuestra familia tomó esa resolucion por poner término á juveniles locuras que iban ya siendo cosa séria. Sé que habeis combatido con valor, y que á pesar de la mucha sangre que habeis derramado en los campos de batalla no habeis recobrado todavia el juicio....

VALBERG.

Pero....

IDA.

Siendo el resultado que volveis á vuestra patria sin la cordura, frialdad y asiento que constituyen la perfeccion en Alemania.

VALBERG.

Por qué supones eso?

IDA.

Sin otras mil pruebas, me basta veros en este sitio. Cómo habeis entrado aqui?

VALBERG.

Puedo asegurar que ha sido una casualidad, buscando un abrigo contra la tempestad.... Es verdad qne si hubiera sabido.... En fin lo que es ahora vendria esprofeso.

PETERS.

A lo que creo dice verdad, y suyos son estos papeles, este bolsillo y esta maleta.

IDA.

Devuelvánsele maleta y bolsillo.

VALBERG.

Si?

IDA, *á Peters.*

En cuanto á los papeles, ya los examinaremos despacio.

PETERS.

No debe salir de aqui vivo.

IDA.

Nada ganamos con su muerte.... Permanecerá aqui preso dos ó tres meses y despues veremos.....

VALBERG *con viveza.*

Dos ó tres meses!

PETERS.

Callad!

VALBERG.

Pero.... es indispensable....

PETERS.

Callad!

VALBERG, *á Ida.*

Permite que te hable a solas un momento.

IDA.

Bien, consiento.... pero mi fallo es irrevocable. Idos.

Vánse todos menos Peters, á quien Ida hace señas de que se quede.

ESCENA IV.

IDA, VALBERG, PETERS.

IDA.

Vamos, ¿qué teneis que decir? Hablad.

VALBERG.

Advierte que te pedí una audiencia particular; lo que tengo que decir es á tí.... (*mirando á Peters*) á tí sola.

PETERS, *con severidad.*

A ver si dejais de tutear á Ida!

VALBERG, *admirado.*

Calla! La falto al respeto? (*mirándola*) De veras que es preciosa!

PETERS.

A ver si dejais de mirar á Ida!

VALBERG.

Otra vez! (*á Ida*) A ver, señora Ida, si me haceis el gusto de mandar á ese buen hombre que nos deje en paz. Yo se lo diria si pudiera.

PETERS, *poniendo mano al puñal.*

Venid á decirmelo.

VALBERG.

Voy.

IDA.

Poco á poco, señores mios. (*Con ironía.*) Reñir por tan leve motivo dos caballeros....

VALBERG.

Dos caballeros!

IDA.

No lo sois vos?

VALBERG.

Aqui, señora, yo no sé lo que soy, ni seré mas que lo que vos querais.

IDA.

Ya veis; esa galantería no es alemana.

PETERS, *colérico.*

Me parece que al cabo le corregiré yo de una puñalada.

IDA.

Calla Peters, y olvida por ahora que tienes puñal. (*Con dignidad á Valberg.*) Hablad.

VALBERG.

Es el caso, que en cualquiera otra ocasion me seria muy gustoso el pasar aqui dos, tres ó mas meses, porque á vuestro lado pasaria el tiempo volando.

PETERS, *con ironía.*

De veras!

VALBERG.

Hablo solo de esta señora y no de los que la acompañan. (*A Ida.*) Pero desgraciadamente me esperan con impaciencia para ciertos negocios de familia, que no eran para dichos delante de los otros caballeros que se han marchado.

IDA, *sonriendo.*

Y á mí podeis confiarlos? Gracias. Cuáles son esos negocios?

VALBERG.

Ya sabeis que durante seis años he peleado al servicio de Venecia. Tenga ó no tenga juício, y haya ó no hecho locuras en mi juventud, y esté ahora ó no esté dispuesto á hacerlas, el hecho es que llevo un nombre cuya nobleza al de ninguno es inferior y que el afan de mantener su brillo me ha hecho combatir con fortuna y merecer de la altiva república honores y grados que rara vez se conceden á extrangeros. El nombre que quise ilustrar se halla escrito en el libro de oro al lado de los de aquellos orgullosos patricios, cuya alianza solicitan hasta los reyes, y la reina del Adriático tenia para mi palacios de mármol y todos los goces de su lujo y de su riqueza. Pero la patria tiene siempre un atractivo que jamás pierde y que aumenta en proporcion á la distancia. El hermoso cielo de Italia me parecia triste comparado con el frio y nebuloso de Alemania; la dorada belleza de aquellas mugeres me parecia fealdad, y el fastidio llegó á apoderarse de mí sin que hallase gusto ni placer en nada. Entonces recibí una carta, que entre esas debe estar, de mi tio el Gran Senescal, conde de Olbruk....

PETERS.

Sí, el que por poco no me ahorca.

VALBERG.

Siempre lo hace todo á medias; es su único defecto. Pues señor, me decia en su carta que muerto S. A. el Gran Duque habia sido nombrado individuo del consejo de regencia

que gobierna durante la menor edad de la princesa Amelia, y que noticioso de mi buena reputacion y altos hechos (son sus palabras) queria llevar á cabo un antiguo proyecto de familia.

IDA.

Qué proyecto?

VALBERG.

El de casarme con su hija única y mi prima Diana de Olbruk. Esta carta dió fin á mis irresoluciones y aceptando la propuesta de mi tio me puse al momento en camino. Despues el Conde que sin duda me cree convertido en Senador veneciano, viajando con comitiva y escolta, me envió en respuesta á mi segunda carta un salvo-conducto para mí y para las personas que me acompañasen, y la noticia de que mi prima me espera impaciente en su quinta ó castillo dé Olbruk, donde se halla reunida toda la familia para firmar los contratos. Ahora ya sabeis que todo retardo de mi parte seria muy poco galante y ademas pondria en cuidado á mis parientes; y sobre todo á mi prima que con tanta ansiedad me espera.

IDA, *sonriendo.*

Si? (*volviéndose á Peters que hojea los papeles*) Qué dices?

PETERS.

Que no ha mentido: aquí están las cartas de que ha hablado.

IDA.

¿Con qué es decir, Sr. Vizconde, que vais á casaros?

VALBERG.

Si vos me dais permiso; porque ahora depende mi casamiento mas bien de vos que de mi tio.

IDA, *sonriendo.*

No me atreveria á estorbarlo, porque segun dicen, Diana de Olbruk, es la jóven mas linda de Alemania.

VALBERG, *con galanteria.*

Tal creia yo esta mañana.

IDA.

Y la amais mucho?

VALBERG.

Mucho? Bastante para casarme con ella..... sin que sea cosa de..... en fin Italia tiene mugeres bellísimas..... ¡A mí no me corre gran prisa el casarme, pero como la pobrecilla me espera contando los momentos.....

IDA, *con ironia.*

Si? Pues yo que todo lo sé, tengo entendido.....

VALBERG.

Qué?

IDA.

Nada; acaso no sea verdad.... pero hablan de un jóven muy buen mozo que la obsequia.

VALBERG.

Le compadezco porque pierde el tiempo.

IDA.

Mas vale asi; pero de todos modos conozco que no debemos deteneros.

VALBERG.

Con que me dejais marchar?

IDA.

Es probable, pero ha de ser con una condicion.

VALBERG.

Cuál?

IDA.

Ya la sabreis. Ahora Peters os conducirá á una habitacion donde esperareis mi resolucion.

VALBERG.

Por mucho tiempo?

IDA.

No; pero como el deseo de hacer feliz á vuestra prima podria incitaros á recobrar la libertad antes de tiempo... (*á Peters*) cerrarás la puerta con llave.

PETERS.

Muy bien. Vamos.

Vanse los dos.

ESCENA V.

IDA.

Es preciso poner á todo esto un término; y como supongo que mi objeto quedará logrado hoy mismo, lo que interesa es asegurar la retirada... (*al bastidor*) Roberto! Francisco!

ESCENA VI.

IDA, ROBERTO, FRANCISCO, TRABAJADORES, *despues* PETERS.

FRANCISCO.

Señora!

IDA.

Supongo que está ya concluido el trabajo?

FRANCISCO.

Lo está, segun creo.

UN TRABAJADOR.

Sí señora, lo está. Esta misma mañana se le ha dado la última mano.

IDA.

Bien (*á Peters que sale y trae en la mano una cajita*). Ah! Veamos (*Peters abre la caja y le muestra lo que contiene*). Bien, muy bien. No se puede hacer mejor.

PETERS.

Estais contenta?

IDA.

Si. Ahora vamos al objeto principal de mi venida. Nuestras reuniones en estas ruinas son ya conocidas. Se han dado las órdenes mas severas y se han puesto en marcha varios destacamentos de tropas para registrarlas.

VALBERG.

Estamos perdidos!

IDA.

No estoy yo aquí? Recorred inmediatamente todos los subterraneos y que ninguna señal quede de nuestros trabajos. Poco á poco y en pequeño número irán saliendo los trabajadores y todos se dirigirán á pasar la frontera. Los últimos marcharán asi que anochezca llevando consigo todo el dinero y objetos de valor. Una vez llegados á sitio seguro, y ya sabeis el punto señalado, tengo tomadas mis medidas y nada os faltará. Id á prepararlo todo y que vayan marchando por las diferentes salidas de las ruinas. En dos horas á lo mas deben llegar á la frontera. Tu, Peters, quedate, tenemos que hablar.

Vanse los otros.

ESCENA VII.

IDA, PETER

PETERS.

Y qué pensais hacer del Vizconde? Es un testigo de mucha consecuencia contra nosotros y debemos precaver.....

IDA.

Comprendo como tú el riesgo; pero es preciso dejarle libre y devolverle su equipaje.

PETERS.

¿Estais verdaderamente resuelta á darle libertad? ¿Habeis reflexionado?...

IDA.

He reflexionado que no nos queda medio alguno de detenerle. Dentro de pocas horas ya no habrá nadie en estas ruinas. Tus compañeros deben salir por distintos puntos sin llamar la atencion de las gentes que puedan encontrar. ¿A quién pues encargariamos la custodia del Vizconde, y en donde habiamos de tenerlo detenido?

PETERS.

Hay un medio infalible: los muertos no hablan ni pueden contar lo que han visto.

IDA.

Calla y que no vuelva á ocurrirte semejante idea. ¡Asesinar un hombre á sangre fria! ¡Qué horror!

PETERS.

Mas si despues vuelve á vernos en alguna parte, si nos reconoce, si publica lo que ha visto y oido?....

IDA.

Correremos ese riesgo..... pero el Vizconde apesar de su cabeza ligera es hombre de honor y dándonos su palabra de callar, callará.

PETERS.

No me fio.

IDA.

Tampoco nos queda otro medio; preciso es fiar algo á la suerte.

PETERS.

Haced al menos que algunos de nuestros trabajadores se le lleven al estranjero y le detengan allí el tiempo preciso para que sus declaraciones no puedan perjudicarnos.

IDA.

¡No te fias del Vizconde y das tu confianza á unos mercenarios, fáciles de ganar con dinero! El Vizconde pertenece ademas á una de las primeras familias del gran Ducado; su tio el Senescal le espera y si desapareciese, se le buscaria á toda costa y se provocarian investigaciones muy fatales á nuestros intereses.

PETERS.

Teneis razon; su criado huyó de nosotros cuando nos apoderamos del equipaje, y con sus declaraciones daria indicios.....

IDA.

Haz pues que venga el Vizconde y acabemos.

PETERS.

Bien veo que no hay otro medio. (*Hace que se va y vuelve*) Ah! Se me olvidaba. Ahi teneis esa cartera, que cayó en mi poder cuando forcegeaba por desasirse de las manos de los trabajadores. Acaso contenga papeles de importancia.....

IDA.

O cartas de amor y billetes de desafio. Dáme.

Le da Peters la cartera.

PETERS.

Voy pues á buscarle.

Vase.

ESCENA VIII.

IDA, *despues* PETERS, VALBERG.

IDA, *abriendo la cartera.*

El Sr. Vizconde habrá de perdonarme si tomo conocimiento de su amorosa correspondencia..... (*Se acerca á una mesa*). Pues no; no parece que es este el depósito de sus secretos..... Todos son papeles insignificantes, recibos y órdenes para cobrar dinero en las ciudades por donde ha pasado (*Vuelve á meter los papeles en la cartera*). Y esto qué es? ¡Qué veo! ¡Buen descubrimiento!....Ah! Aquí está! (*Guarda precipitadamente el papel, quedando la cartera sobre la mesa*).

VALBERG.

Me prometiste darme libertad.....

IDA.

Y estoy dispuesta á cumpliros mi palabra.

VALBERG.

Has dicho que querias imponer condiciones. Cuáles son?

IDA.

Una sola; pero me temo que te ha de costar gran trabajo llenarla.

VALBERG.

Qué es?

IDA.

Durante un año entero no has de hablar á alma viviente de lo que aquí has visto y oido. (*Movimiento de Valberg*) Te incomoda la condicion! Ya se ve; la aventura es original, chistosa, y una persona á quien gusta tanto hablar y que segun fama no es nada callado.....

VALBERG.

Yo!

IDA.

En fin ¿lo prometes?

VALBERG.

Lo juro.

IDA.

Mira que te va en ello la vida. Ademas si algun dia llegas á verme en alguna parte has de hacer como si nunca me hubieras visto.

VALBERG.

Dificil es esa condicion!

IDA.

Pero indispensable. ¿Lo prometes?

VALBERG.

Te doy mi palabra de honor.

IDA.

Está bien. Ya estas libre. Recoge tu cartera. (*Señalando sobre la mesa*).

VALBERG.

Calla! ¿Tambien habia ido á poder?.. (*Se la guarda*).

IDA.

Peters, que se devuelvan al Sr. Vizconde su equipage y caballos.

PETERS.

Los caballos es imposible, porque están ahora en el fondo de un precipicio.

IDA.

Pues trata de proporcionarle otros y que uno de los nuestros le acompañe hasta el pueblo mas inmediato. Vé á disponerlo asi.

Vase Peters.

ESCENA IX.

IDA, VALBERG.

VALBERG.

Ahora soy yo, hija mia, el que debe estarte agradecido; y puesto que ese estafermo nos deja solos, quisiera manifestarte mi gratitud dándote un buen consejo..... pero no me atrevo.....

IDA.

Habla sin temor.

VALBERG.

Entonces te diré que has elegido una profesion..... muy bella, muy romancesca y poética; pero la poesia suele tomarse á veces licencias algo..... algo arriesgadas.

IDA.

Eso es lo mejor que tiene; el peligro todo lo ennoblece.

VALBERG.

Concedido: pero yo me alegraria que tu... Mira, enfádate ó haz lo que quieras; mas es lo cierto que no puedo menos de interesarme en tu suerte, aunque.....

IDA.

Aunque yo no lo merezco. Eso querias decir?

VALBERG.

No; pero..... al cabo eso no puede concluir en bien. Aunque eres muy linda, los ministriles y corchetes del Gran Senescal entienden poco de galanteria..... y los prebostes nada respetan. Pensar que un dogal puede rodear tu precioso cuello!...

IDA.

Ya lo sé.

VALBERG.

Entonces ¿por qué te espones?

IDA.

¿Sabes tu acaso sino me veo forzada á ello? Quizás un motivo muy laudable.....

VALBERG.

Cuál?

IDA.

Ese es mi secreto.

VALBERG.

Tienes razon. Pero si algun dia te lleva ese secreto adonde yo temo, no olvides que el Vizconde de Valberg tendrá quizás favor suficiente para.....

IDA.

¡Para hacer que se cometa una injusticia!

VALBERG.

Lo será sin duda; pero te salvaré á tí sola ¿lo entiendes? porque respecto á los demas si por el contrario pudiera.....

IDA.

Como!

VALBERG.

Principiando por ese Sr. Peters.

IDA.

Mi tio?

VALBERG.

Estás cierta de que es tu tio?

IDA.

Pues nó?

VALBERG.

Yo temia no fuese otra cosa..... Está siempre vigilante á tu alrededor con tal afan.

IDA.

Y qué te importa á tí?

VALBERG.

Nada.... pero me gusta mas que sea tu tio.

IDA, *riendo.*

Y á mí tambien.

VALBERG.

Pero dime; en esa vida de aventuras ¿no temes qué esos bandidos se atrevan?....

IDA.

¿A faltar á la hija de su antiguo capitan? Imposible.

VALBERG.

Y si se atrevieran?

IDA.

No te dé cuidado. No está en eso el peligro.

VALBERG.

Pues ¿en qué?

IDA.

Muy curioso eres!

VALBERG.

No; pero al verte tan hermosa y tan altiva me alegraria de saber si tu corazon ha sentido?....

IDA.

Eres el primero que se ha atrevido á hacerme tal pregunta.

VALBERG.

Y temes responder?

IDA.

Quién sabe?

VALBERG.

Por qué?

ESCENA X.

DICHOS, PETERS, *despues* ROBERTO, FRANCISCO *y tres ó cuatro* TRABAJADORES.

PETERS, *muy azorado.*

Vuestros temores, Señora, eran demasiado fundados. Apenas habian partido nuestros trabajadores y ya se disponia á marchar el resto, cuando hemos visto cercadas las ruinas por un numeroso destacamento de tropas que ha tomado todas las salidas, y que estará aqui dentro de un instante.

IDA.

Gran Dios!

VALBERG.

¡Qué te decia yo!

FRANCISCO, *entrando con los demas.*

Estamos perdidos!

IDA, *con autoridad.*

Silencio! (*á Peters*) Oye tú. (*se le lleva*

aparte y le dice bajo). El trance es arriesgado y Dios sabe como saldremos de él; pero de todos modos nada de combates ni sangre...

PETERS.

Pero.....

IDA.

Yo lo quiero..... Vigila tus compañeros.

PETERS.

Obedezco (*se acerca á los demas y les habla bajo con calor*).

VALBERG, *á Ida.*

Ya no es tiempo de ficciones ni de secretos. Abandona á esos miserables y sigueme. Vamos á presentarnos al gefe de esas tropas; si no mi persona, mi nombre debe serle conocido, y acaso podré salvarte.

IDA.

Me proponeis que abandone á los que han puesto en mí su confianza!

VALBERG.

No puedes salvarlos, y solo lograrás perderte á tí misma.

IDA, *separándose.*

Lo veremos!

FRANCISCO.

Señora, con la falta de nuestros compañeros hemos quedado pocos; pero tenemos valor para abrirnos paso por entre las tropas.

IDA.

Es inútil ahora el valor: silencio y obediencia.

PETERS.

Silencio y obediencia. Ida lo quiere.

ROBERTO.

Ya estan ahí.

ESCENA XI.

DICHOS, UN OFICIAL, SOLDADOS, PETERS.

Los trabajadores se agrupan alrededor de Ida. Valberg está algo separado.

OFICIAL.

Toda resistencia es inútil. Entregaos á discrecion.

IDA, *adelantándose con aplomo.*

A quién os dirigís Sr. Oficial, ni quién trata de resistiros?

VALBERG, *aparte.*

Qué audacia!

OFICIAL.

Ningun enredo ni tramoya puede ya salvaros. Seguidme.

IDA.

No tengo inconveniente en seguiros, con tal que vuestro camino sea el mio. De otro modo no me será posible, y mucho mas cuando la tempestad nos ha detenido demasiado tiempo en estas ruinas.

OFICIAL.

Pero ¿qué significa?....

IDA.

La significacion de vuestra guerrera y tremebunda entrada, espero que vos la deis. Respecto á mí, solo tengo que deciros que la tempestad nos sorprendió á mí y á mis criados en esas sierras, que nos guarecimos aqui, y que pienso con vuestro permiso seguir mi viaje.

OFICIAL.

Pero....

IDA.

Ah! ¿Quereis documentos que acrediten mi dicho? Es muy justo; y en vez de guerreras amenazas pudísteis principiar por pedir sencillamente nuestro pasaporte.. (*Sacando del pecho un papel*) Tomad.

OFICIAL, *leyendo.*

«El portador y personas que le acompañen pueden».....

VALBERG, *aparte.*

Mi salvo-conducto! Si hablo es perdida!

OFICIAL.

No hay duda. Sello y firma del Gran Senescal. Dispensadme, Señora.

VALBERG, *aparte*

Le pide perdon!

OFICIAL.

Pero estas ruinas han sido indicadas al Gobierno como que daban abrigo á malhechores y monederos falsos.

IDA.

De verás? ¡Que horror! Ya quisiera estar fuera de aquí (*á los otros*) Seguidme.

Se disponen á partir.

PETERS, *bajo á Ida.*

El Vizconde va á seguirnos y.....

IDA, *bajo.*

Y sabrá adonde vamos!

PETERS, *bajo.*

Esperad. (*Alto y bruscamente á Valberg que iba á seguirlos*) ¿A donde vais vos?

VALBERG, *asombrado.*

Yo!

OFICIAL, *á Ida.*

¿No forma ese hombre parte de vuestra comitiva?

IDA, *despues de mirar con ironia á Valberg.*

No; le hallé aqui á mi llegada.

VALBERG.

Señora!

IDA, *con frialdad.*

Qué? qué decis?

VALBERG, *confundido.*

Nada.

OFICIAL.

Vuestro pasaporte?

VALBERG, *despues de mirar á Ida.*

Oh!.... No le tengo.....

OFICIAL.

Entonces me veo en el caso de deteneros. Daos á prision.

VALBERG, *colérico.*

Yo!.... (*á Ida bajo*) Os atreveis?....

IDA, *bajo.*

Acordaos de que me disteis vuestra palabra de honor.

VALBERG, *al Oficial.*

Estoy á vuestras ordenes.

IDA.

A Dios, Sr. Oficial: (*á Valberg*) siento que por mi causa.....

VALBERG.

Callad!

PETERS.

Lo mismo digo.

VALBERG, *aparte.*

Oh! Bribon!

IDA.

A Dios, á Dios.

Ida y los suyos principian á salir.

OFICIAL.

Vamos á presentarnos al jefe.

VALBERG.

Vamos al infierno si quereis!

Cuadro análogo.

27
6
135

ACTO SEGUNDO,

Una sala ricamente alhajada en una casa de recreo del Conde. Puerta al foro y laterales. Una ventana á la izquierda. Un clave.

ESCENA I.

LASTEIN, DIANA, *entrando juntos.*

LASTEIN.

Bien os lo habia dicho!

DIANA, *con tristeza.*

Qué quereis!

LASTEIN.

Hace dos dias que vuestro primo está aqui.

DIANA.

Demasiado lo sé.

LASTEIN.

Todo se prepara para vuestro matrimonio, y esta noche hay baile y convite sin otro objeto que el de firmar los contratos.

DIANA.

Tampoco lo ignoro, y para eso estoy ya vestida de etiqueta.

LASTEIN.

Y habeis tenido valor para adornaros?

DIANA.

Mi padre lo exige.

LASTEIN.

A pesar de lo que me prometisteis, aun no habeis dicho nada á vuestro primo.

DIANA.

Tengo yo la culpa? Es tan bueno, tan amable y tan confiado que no me atrevo.... no sé como decirle: yo no os amo.

LASTEIN.

Eso consiste en que le amais.

DIANA.

Ojalá! No seria tan desgraciada como soy; porque al cabo yo habia prometido á mi primo antes de marchar á la guerra que le amaria siempre; y no solo no le amo á él, sino que amo á otro. Ya conoceis que estas son cosas muy difíciles de confesar, y mucho menos á la persona interesada.

LASTEIN.

Pues debeis decírselo por su propio interes; porque si aguardais al dia despues del casamiento.....

DIANA.

Y por qué no se lo decis vos mismo?

LESTEIN.

Yo! Yo, á quien ha salvado la vida dos veces! Yo, que pobre y sin otra recomendacion que mi espada, le debo mi grado y mis ascensos! Yo, á quien él confió antes de su marcha el cuidado de guardaros y de estorbar que nadie os hiciese la córte!

DIANA.

Y tan bien habeis cumplido vuestro encargo que nadie mas que vos se ha acercado á mí.

LASTEIN.

Esa ha sido mi desgracia! Considerad que yo sin bienes ni mas títulos que un nombre ilustre no puedo disputar la mano de la hija del Gran Senescal, regente del Ducado, al vizconde de Valberg vuestro primo, de antiquísima nobleza, muy rico, y para que nada le falte, lleno de gloria y de laureles, y hasta Senador ó patricio de Venecia. Si al menos pudiera batirme con él!

DIANA.

Os lo prohibo terminantemente.

LASTEIN.

Tampoco tenemos guerra con nacion ninguna, que si la hubiera yo ascenderia ó hallaria al menos la muerte. Pero á mí nada me sale bien. Salgo últimamente al frente de varios destacamentos para perseguir unos malhechores que, segun decian, poblaban las sierras del Norte, y las recorro en todas direcciones sin lograr hallar á nadie y prendiendo solo ¿á quién? A la persona que menos hubiera querido hallar, á vuestro primo.

DIANA.

Vos mismo le prendisteis!

LASTEIN.

Yo le he dado libertad. Un teniente fue quien me lo trajo preso. Se puede dar suerte mas infeliz que la mia? ¡Salgo en busca de grados y de gloria, y vuelvo sin nada y trayendo á mi rival!

DIANA.

No desespereis; que en mi concepto no se ha perdido toda esperanza.

LASTEIN.

Cuál puede quedarme?

DIANA.

No habeis reparado que mi primo, cuyo

carácter alegre y atolondrado era proverbial, está triste y pensativo desde su llegada?

LASTEIN.

Pensará en vos.

DIANA.

Me lo diria á mí; y puedo aseguraros que apenas me dirige la palabra.

LASTEIN.

De veras?

DIANA.

Ni una sola vez me ha hablado de amor. Ademas era él quien debia fijar el dia del matimonio. que mi padre queria verificar el mismo de su llegada. Pues bien, él lo ha retrasado.

LASTEIN.

Con que ¿le suponeis insensible?

DIANA.

No, sino enamorado de otra.

LASTEIN.

Ojalá!

DIANA.

Hácia aquí viene con mi padre, que le está hablando y él apenas le escucha. Miradle cada vez mas pensativo.

ESCENA II.

DICHOS, *el* CONDE, VALBERG.

CONDE.

Ya te lo he dicho: es preciso que mañana estemos en la corte, donde es necesaria mi presencia para la coronacion de la Gran Duquesa, para el juramento y sobre todo para dar las cuentas de la regencia, que me han encargado mis compañeros y en cuya formacion he manifestado tal habilidad y talento...

VALBERG, *distraido y pensativo.*

Es increible!

CONDE, *sorprendido.*

¿Cómo que es increible?

VALBERG.

Dispensadme tio, que no hablo de vos sino de una idea, de un sueño que me persigue.

CONDE.

¿Y te atormenta un sueño?

VALBERG.

Sí, me avergüenzo de ello; conozco que es cosa absurda, pero ese sueño maldito me persigue sin cesar.... altivo aspecto, hermosos ojos y una gracia, un encanto ... Es la verdad, la exactísima verdad; ¿lo entendeis ahora?

CONDE.

Menos que antes. ¿Se te figura que un hombre de Estado, cual lo soy yo, tiene tiempo para pensar en sueños? Esta noche se firmarán los contratos, mañana marchamos á la corte. Sr. de Lastein, vuestra espedicion ¿no ha producido ningun resultado? ¿No habeis recibido partes de los gefes de partidas?

LASTEIN.

En vano hemos recorrido todos los montes del Norte; solo se ha tropezado con viajeros que iban con su pasaporte en regla; y para demostrar la exactitud de nuestras pesquisas, basteos solo saber que hasta vuestro sobrino fue detenido.

CONDE.

Bien lo sabia yo! Mas mis colegas de regencia me alborotaron los cascos con una supuesta cuadrilla de ladrones ó de monederos falsos... Como si tal cosa pudiese existir sin haber llegado á mi noticia, á noticia del Gran Senescal! Ya se ha visto, eran visiones; y á menos que no quieran hacer á mi sobrino monedero falso, ladron ó cómplice....

VALBERG.

Pues! Como no sea yo.

CONDE.

Asi aprenderán á fiarse en mí y á dar crédito á mis palabras.

VALBERG.

Sobre todo si son siempre tan verdaderas. Porque ello es verdad que Lastein á nadie ha encontrado.

LASTEIN.

A nadie mas que á viajeros pacíficos é inocentes.

VALBERG, *riendo.*

Pues! Inocentes. Ah! Ah! Ah!

CONDE.

De qué te ries?

VALBERG, *riendo.*

De nada, de vuestros colegas de regencia que no ven mas que visiones.

LASTEIN, *á Diana.*

Miradle ahora que contento está.

VALBERG.

Vale mas tomarlo asi.... y no quiero pensar mas que en placeres y diversiones.... en mi prima á quien adoro y con quien voy á casarme.... (*á Diana*). Sí, prima mia, te amo con todo mi corazon (*aparte*). A fuerza de decírselo quizás llegue á persuadirme de que es verdad.

LASTEIN, *bajo á Diana.*

Ya lo ois!

VALBERG.

Con que esta noche tenemos concierto, baíle, y ruido, y confusion..... me alegro. (*aparte*) Asi lograré aturdirme y no pensar.... (*alto*) Pero ¿cómo no se empieza?

CONDE.

Creo que la sala inmediata está ya llena de gente. Toda la nobleza de las cercanías; honrados campesinos que no han estado nunca en la corte, y que yo, Gran Senescal, puedo recibir sin degradarme, porque estamos asi, de campo. Gaspar (*á un criado*), que pasen esos Señores á este salon, que es donde debe ser el concierto.

Un criado abre las puertas del foro y entran convidados de ambos sexos.

ESCENA III.

DICHOS, CONVIDADOS, CRIADOS.

UNO.

Sr. Conde, tengo el honor.....

CONDE, *con aire de proteccion.*

Sentaos Señores..... las Señoras en lugar preferente.

Unas Señoras saludan á Diana. Otros hablan á Valberg y á Lastein. Despues se sientan en semicírculo, poniendo los criados el clave en medio de la escena.

VALBERG.

Supongo que será mi prima la que dé principio al concierto, cantándonos algun trozo escogido?

DIANA.

De ningun modo. Seria hacer perder el tiempo á estos Señores, que preferirán oiros á vos, recien llegado de Italia, del pais de la música. ¿No es verdad, padre?

CONDE.

Es muy justo.

VARIOS.

Si, si.

VALBERG.

No quiero resistir ni hacer desear una cosa de poco mérito. Qué quereis que cante, prima?

DIANA.

Ahi en el clave están todos los papeles que me remitisteis últimamente. Escoged el que querais y yo os acompañaré.

VALBERG.

No, no; escoged vos.

Se acercan los dos al clave.

DIANA.

Pues bien, aqui teneis una cancion napolitana muy linda.

VALBERG.

A ver? (*leyendo el título*) «El Bandido...» (*con enfado*) Mal haya!.... Lastein no los halla en ninguna parte y yo en todas los encuentro... Veamos otra cosa.

Se ponen á registrar papeles. Entra un correo y entrega unos plíegos al Conde.

LASTEIN, *aparte.*

No tengo paciencia para sufrir tanto!

Vase.

CONDE, *tomando los pliegos.*

Ola! Despachos de la Córte! (*lee*).

DIANA, *á Valberg.*

Al cabo no encontraremos cosa mejor.

VALBERG.

Sea pues esa, ya que la suerte lo quiere.

CONDE.

Cielos!

VALBERG.

Qué es eso tio? Recibís malas noticias de la Córte?

CONDE, *con importancia.*

No, no son malas.

VALBERG.

Serán buenas?

CONDE.

Tampoco..... son importantes, y exijen perentoria respuesta y medidas de trascendencia. Voy pues á mi despacho; (*mostrando una puerta á la derecha*) pero que nadie se incomode... . Seguid, seguid vuestro canto (*aparte dirigiéndose al despacho*). Terrible nueva si es cierta!

DIANA, *á Valberg.*

Vamos, primo.

LASTEIN, *entrando por el foro y dirigiéndose al Conde que va á entrar.*

Sr. Conde, acaba de romperse un carruaje casi á las puertas de la quinta, y los que en él van, piden hospitalidad por una ó dos horas.

CONDE.

Son gentes de forma?

LASTEIN.

El carruage es lujoso y elegante.

CONDE.

Pues que pasen adelante. Yo no puedo detenerme; encargaos vos, Lastein, de presen-

tar esos viajeros á mi hija y que sean obsequiados conforme á su clase.

Vase de nuevo Lastein. El Conde entra en el despacho.

DIANA.

Si lograremos, primo, que al cabo deis principio.

VALBERG.

Vámos pues.

Toca Diana un ritornelo y Valberg se dispone á cantar.

ESCENA IV.

DICHOS, IDA, PETERS.

Mientras el ritornelo, y estando los concurrentes sentados alrededor del clave, entran por el foro Ida y Petérs con trajes decentes de viaje. El lleva debajo del brazo la caja que se vió en el primer acto. Varios de los que están sentados quieren levantarse al ver á Ida, y esta les hace señas de que no se incomoden ni interrumpan lo que se vá á cantar, y viene á sentarse en el proscenio á la derecha. Peters queda detrás, y Lastein se acerca á Diana.

VALBERG, *viéndola*.

Cielos!

DIANA, *concluyendo el ritornelo*.

Ahora primo.... ya pasó el tiempo!... (*Mirándolo que se ha quedado estupefacto.*) Qué teneis?

VALBERG.

Yo?... Nada.... (*mostrando el papel.*) Que no veo bien (*mirando á Ida*), ó no sé lo que veo.

DIANA.

Ahora, ahora.... Tampoco!

Lastein habla bajo á Diana.

VALBERG, *aparte*.

No sé lo que por mi pasa!

DIANA, *levantándose*.

Ah! (*se acerca á Ida para saludarla.*)

IDA, *levantándose*.

Oh! No, no, que mi venida no interrumpa el concierto.

DIANA.

¿Con que se ha roto vuestro carruaje? Supongo que no habreis recibido daño alguno?

IDA.

No; ha sido torpeza del cochero. Me dirigia á la Corte con mi mayordomo.....

VALBERG, *señalando á Peters*.

Ah! El Señor es mayordomo?....

PETERS, *saludando*.

De la Señora Condesa

VARIAS SEÑORAS, *á media voz*.

Ola, es Condesa!

VALBERG.

Condesa!

PETERS.

Si, Condesa de Rinsberg!

VALBERG, *aparte*.

Otra mentira!

IDA, *á Diana*.

He tenido que recurrir á la bondad.....

VALBERG, *alto y con intencion*.

Del Gran Senescal, Conde de Olbruk.....

IDA, *y* PETERS, *aparte*.

Gran Dios! Ah!

VALBERG.

En cuya casa estais ahora.

IDA, *bajo*.

Entiendo!

VALBERG, *bajo y con rapidez*.

Partid, partid al momento.

DIANA.

Primo.....

IDA, *aparte*.

Ah! Es la novia!

DIANA.

Podriais cantar la cancion, que esta Señora no llevará á mal.....

IDA.

Al contrario, uno mis súplicas á las vuestras.....

VALBERG.

No, no puedo.....

DIANA.

Por qué?

VALBERG.

Por..... porque es muy difícil. (*suelta el papel*).

IDA, *tomándole*.

No tal..... Es muy sencilla esta cancion.... Sin grandes conocimientos puede cualquiera cantarla.

DIANA, *con viveza*.

La cantariais vos?

IDA, *sonriendo*.

Si..... aunque solo sea por enseñar á este caballero á ser condescendiente.

DIANA.

Cuanta bondad! Voy á acompañaros.

Ida va á dirigirse al clave.

PETERS, *bajo, deteniéndola.*

Pero Señora.....

VALBERG, *aparte.*

Qué audacia, Dios mio! Va á cantar y si mi tio sospecha..... Ah! Me estremezco.

EL BANDIDO.

A la orilla del camino
y de un bosque en la espesura
el *bandido* en noche oscura
sufre lluvia y vendabal.
Lleva pistolas al cinto,
se reclina en su escopeta
y su grosera chaqueta
oculta agudo puñal.

VALBERG, *antes que acabe el estrivillo le dice bajo.*

Básta por Dios!

IDA, *le mira sonriendo y acaba la estrofa.*

¡Ay del caminante
que vió, por su mal!

VARIOS.

Bravo! Muy bien!

DIANA.

Qué hermosa voz!

VALBERG, *bajo.*

No; abuseis de la suerte! Basta!

DIANA, *que lo oye.*

Cómo que basta?

VALBERG.

No, decia á esta Señora que no queremos abusar..... estará cansada.....

IDA.

No, de ningun modo; y puesto que es tal la indulgencia con que se me oye, cantaré otra estrofa.

VALBERG, *bajo.*

Mirad lo que haceis.

IDA, *bajo.*

No os dé cuidado.

VALBERG, *bajo.*

Pero mi tio.....

IDA, *bajo,*

No está aquí.

VALBERG, *bajo.*

Y si viniere?

IDA, *bajo.*

Es tan galante que no dejará de aplaudirme. (*alto á Diana*) Principiemos.

Maldiciendo su fortuna,
el cielo, los elementos,
su voz, que llevan los vientos,
forma un ahullido infernal.
Y si tras de larga espera
su presa venir advierte,
con amenazas de muerte
dá la sorpresa fatál.
¡Ay del caminante
que vió, por su mal!

VARIOS, *rodeando á Ida.*

Bien! Bravo!

DIANA.

Tiene una voz admirable!

IDA.

Mil gracias. Teneis demasiada indulgencia.

VALBERG, *aparte.*

Con cuanto desembarazo y sangre fria recibe los cumplimientos!

PETERS, *que lo oye.*

Tiene la Señora Condesa mucha costumbre de recibirlos.

DIANA.

El baile ha principiado ya en los otros salones, y si esta Señora gusta.....

IDA.

No, mil gracias.

VALBERG, *aparte.*

Fortuna! Creí que iba á decir, si.

DIANA, *á Peters mostrando una mesa de juego.*

Vos querreis acaso jugar! Lastein formad partida con el Señor.

VALBERG, *aparte viendo que Lastein y Peters se sientan á la mesa.*

Pobre Lastein! Le hará mil trampas, ó si gana le pagará con moneda falsa. ¡No poder advertirle! Con todo no les perderé de vista, porque hay aqui tantas alhajas que la Condesa y su mayordomo.....

DIANA, *á Ida guiándola á otra mesa donde hay libros y papeles.*

Como estais cansada, acaso preferireis ver con estas Señoras esas estampas y esos periódicos.

IDA.

No miente por cierto la fama cuando asegura que Diana de Olbruk, es tan amable como hermosa.

DIANA, *que ha recorrido un periódico.*

Ah! Aqui tenemos en la Gaceta la relacion de una aventura estraña y divertida, una aventura de ladrones.

VARIAS SEÑORAS.

Ah! Leed, leed.

VALBERG, *aparte.*

Parece hecho aposta. No he de oir hablar de otra cosa.

DIANA, *leyendo.*

Es un tal Pedro, criado....

VALBERG, *aparte.*

El mio! Bribon!

DIANA.

Que hace una espantosa relacion de lo que ha visto.

VALBERG.

Eso será cuento de viejas.

DIANA.

No por cierto. Dice que separado de su amo, cuyo nombre solo está indicado por tres estrellas, cayó casualmente en una caverna de bandidos en la sierra del Norte.

LASTEIN.

Bandidos en la sierra del Norte! No puede ser.

PETERS, *con frialdad.*

Por qué? No es cosa tan estraña.

LASTEIN.

Lo que yo puedo decir es que fui de intento á buscarlos, y no hallé ni uno solo.

PETERS.

Pues es desgracia!

VALBERG, *con intencion.*

Cierto! Muchas veces se tienen á la mano.

IDA, *á Valberg que está junto á ella.*

Caballero, tened cuidado!...

VALBERG.

Ah!

IDA.

Que pisais mi vestido.

VALBERG.

Perdonad Señora, no me volverá á suceder, os lo prometo.

IDA, *con frialdad.*

Cuento con ello. (*volviéndose á Diana que sigue leyendo*) ¿Y qué sucedió?

DIANA.

Que habiendo el tal criado caido en un derrumbadero, vió por una especie de respiradero, formado entre las quiebras de unas rocas, el interior de una caverna; y aunque no distinguia perfectamente los objetos, dice que contó lo menos cuatro mil bandidos.

PETERS.

Ni la vigésima parte..... (*conteniéndose y á Lastein*) habria á lo que supongo.

DIANA.

Pues eso aun no es nada. Sigue lo mas admirable y romanceseo; lo que escitará en estremo vuestra curiosidad. ¿A que no adivinais quién era el capitan de la cuadrilla?

LASTEIN.

Algun contrabandista escapado de galeras.

DIANA.

Nada de eso. (*á Ida*) A ver si vos lo acertais.

IDA.

Rara vez adivino.

DIANA.

Pues Señores, era una muger.

VARIAS SEÑORAS.

Una muger!

DIANA.

Y muy linda.

IDA.

Cá! Los viajeros exageran siempre mucho. (*á Valberg*) No es cierto, Sr. Vizconde?

VALBERG, *fuera de sí.*

Lo cierto es que jamás he visto tal audacia y descaro.

LASTEIN.

Tiene razon, es imposible.

DIANA.

Pues el declarante la vió con sus propios ojos, y dice que como llamó en estremo su atencion y como estaba en el sitio mas visible, pudo tomar todas sus señas que da con la mayor exactitud. Aqui están en la Gaceta.

VALBERG, *aparte.*

Cielo! (*queriendo tomar el papel*) Prima, dadme esa Gaceta, dadmela.

DIANA, *sin soltarla.*

No; quiero mostrarla á mi padre que sacará partido de esta relacion.

VALBERG.

Pero si está ahora trabajando con premura ahí en su despacho!

DIANA.

No importa, voy á llevársela y á presentarle á esta Señora.

IDA, *aparte.*

Oh! (*alto*) Dispensadme; no estoy en trage para baile.

DIANA.

Eso es lo de menos. Pasareis á mi habitacion y alli podeis mudaros.

Se oye música.

LASTEIN.

Señoras, el baile nos espera.

TODOS.

Vamos! Al baile!

DIANA.

A mi me habian pedido una contradanza... quién fué?

VALBERG, *con empacho.*

Quizás yo.....

DIANA.

Me parece que no.

VALBERG.

Y á mi. (*bajo y con viveza á Lastein*) Di que has sido tú.

LASTEIN, *admirado.*

Por qué?

VALBERG.

Dilo.

LASTEIN.

Fui yo, quien tuve la honra.....

DIANA.

Es verdad; ahora lo recuerdo; dispensadme si lo habia olvidado. Vamos?

LASTEIN.

Voy al momento. (*Vase Diana con los demas. Se sigue oyendo música. Lastein se acerca á Valbeg*) ¿Te disgusta acaso ese matrimonio?

VALBERG.

Quita allá hombre!

LASTEIN.

A mí que soy tu amigo, bien puedes decirlo.

VALBERG.

Ni por pienso; mi prima es una alhaja. (*mirando á Ida*) Y aunque solo fuese por evitar.....

LASTEIN.

Qué?

VALBERG.

Nada, esa contradanza..... me apesta el baile..... pero quiero casarme.... á toda costa.

LASTEIN.

Dices eso con furia!

VALBERG.

Es que estoy furioso.... furiosamente enamorado..... de mi prima. Anda, anda que te esperan. Anda con mil Santos y no te separes de ella.

LASTEIN.

Voy, voy; á dios.

Vase y cierra la puerta del salon, dejándose de oir la música.

ESCENA V.

VALBERG, *que ha acompañado á Lastein hasta la puerta.* IDA *sentada á la izquierda.*

VALBERG, *bajando al proscenio.*

Cómo! Aun estás ahí tan tranquila! No te apresuras á salir de aqui!

IDA, *con frialdad.*

No urge; es preciso esperar á que se componga mi carruaje!

VALBERG.

¿Ignoras los peligros que te cercan?

IDA, *con frialdad*

No; pero ¿dónde puedo estar con mas seguridad que en casa del Gran Senescal?

VALBER, *aparte.*

Tiene razon; mi tio es un imbécil. (*alto*) Pero ¿como no has huido con tus compañeros? Si mal no me acuerdo deben hallarse ya todos en el estranjero con el fruto..... de vuestro trabajo.

IDA.

Pues entonces ¿de que te quejas? ya no hay moneda falsa en el gran Ducado.

VALBERG.

Mas ¿porque no has ido con ellos? ¿Porqué estás aqui?

IDA.

En primer lugar esa pregunta es muy poco galante..... y luego es probable que me haya detenido algun asunto de importancia, algun negocio.....

VALBERG.

Si, algun otro engaño, otra infamia.

IDA.

Caballero!

VALBERG.

Te está bien echarla de ofendida despues de los embustes que me has querido hacer creer. Me digiste que ese Peters ó diablo era tu tio, y ahora salimos con que es tu mayordomo.

IDA, *riendo.*

No quita lo uno lo otro. Si tengo á mi tio por mayordomo, economizo.

VALBERG.

Di mas bien que no es ni una cosa ni otra.

IDA.

Es muy posible.

VALBERG.

Quién es pues? Tu querido? Tu marido?

IDA, *riendo.*

Qué quieres tu mejor?

VALBERG, *colérico.*

Si lo supiera de cierto, os delataba á los dos.

IDA.

Hazlo pues.

VALBERG.

Quién puede impedirmelo?

IDA.

Tu promesa. Me has dado tu palabra; en el poco tiempo que hemos pasado juntos, he conocido que eras hombre de honor y estoy tranquila.

VALBERG.

Tranquila en tal estado!.... Pero y yo? Yo que á pesar mio soy vuestro cómplice y confidente..... hace poco que me latia el corazon, un sudor frio inundaba mi frente pensando en que podias ser presa delante de todos..... Oh! Temblaba y aun tiemblo por tí.

IDA, *con viveza, conmovida y tomandole la mano.*

Lo creo!

VALBERG.

Si, si; vete, vete por Dios..... porque desde que estás aqui, no sé lo que digo ni lo que hago..... y siento tal turbacion y tal terror, que sino fuera profanar un nombre sagrado y una pasion sublime, creeria que te amo.

IDA, *con frialdad.*

Eso me ha parecido á mí.

VALBERG.

No, no; pero no es cierto, no es posible; seria cosa indigna, vergonzosa. Vete, vete al momento.

IDA.

Tienes razon; un hombre de tu clase y de tu alta reputacion, no puede sin vergüenza poner en mi los ojos. Ademas que esta misma noche te casas con una jóven de alta cuna á quien amarás mucho sin duda.

VALBERG.

No, no la amo y eso es lo que me desespera. No la amo ni la amaré nunca, ahora lo conozco: y el honor y la probidad me prohiben un enlace que hará su desgracia y la mia. Escucha, muger, escuchame..... estamos solos y nadie puede ver mi vergüenza. Si tu quieres..... te llevare á la corte, al estranjero, á donde quieras..... olvidarás lo pasado y yo tambien. Tendrás oro, lujo y riquezas que tanto anhelas..... sacrificaré todo mi caudal por tí y te consagraré mi existencia y mi amor.

IDA, *con altivez.*

Yo querida vuestra!

VALBERG.

Calla!.... Quiero evitarte el castigo, la vergüenza que te amenazan. Tu no has abrazado por gusto esa infame profesion; y mi voz logrará escitar en tu alma sentimientos de honor y de virtud..... abjurarás tus errores, y llegarás á ser una muger honrada. (*Viendo que ella vuelve la cabeza*) Si, ya estás conmovida..... lloras! (*Ida se vuelve riendo*) Qué? Te ries! Te ries de mí! Es una infamia! Te detesto!

IDA.

Mal hecho, Sr. Vizconde. Yo agradezco vuestra buena intencion; pero no puedo menos de reir al oiros hablar de virtud cuando me proponeis que falte á ella.

VALBERG.

Tiene razon!

IDA.

Aunque soy una muger de la clase que sabeis, tengo honor á mi manera, y nunca seré querida vuestra..... Esposa quizás.....

VALBERG, *iudignado.*

Mi esposa!

IDA.

Pero, tranquilizaos. Tampoco querria yo.

VALBERG.

Tú no querrias!

IDA.

No ..... por consideracion á vos, que mereceis otra muger que Ida, la compañera de unos bandidos..... Sois un hombre honrado y leal, os estimo y os amo cuanto soy capaz de amar; y si mi amistad no os ofende..... os suplico que acepteis como recuerdo de ella este anillo.

VALBERG.

Dame.

IDA.

Pero ¿y si vuestra prima lo toma á mal?

VALBERG.

No; ya es imposible mi matrimonio con ella, y á ella misma se lo diré. Dame. (*Toma el anillo, y ve á Diana que entra*) Ah! aqui está!

ESCENA VI.

DICHOS, DIANA, *y una* CRIADA.

DIANA.

Perdonad, Señora, si os he dejado sola tanto tiempo..... Estaba bailando y espero que vos seguireis mi ejemplo. Esa criada os acompañará á mi habitacion, y allí hallareis cuanto podais necesitar.

VALBERG.

No puede ser, prima.... porque me estaba diciendo que necesita partir al instante.

DIANA.

Es que vengo á darla una noticia mala para ella, pero muy buena para nosotros. El carruage no puede estar compuesto hasta mañana muy tarde.

IDA.

Malo!.... Veo pues que no me queda mas remedio que resignarme.....

DIANA.

Y bailar.

IDA, *con festividad.*

Y bailar.

VALBERG.

Que! Quereis?....

IDA.

Adios Sr. Vizconde. Con vuestro permiso; vuelvo pronto.

ESCENA VII.

VALBERG, DIANA.

DIANA.

Sabeis primo que en toda la noche hemos bailado juntos?

VALBERG.

Si..... ahora mismo..... iba.....

DIANA.

De veras?

VALBERG.

Como..... como estais siempre rodeada de adoradores..... En fin si quereis.....

DIANA.

Con mucho gusto.

VALBERG.

Aunque..... á decir verdad, me alegraria mas de que hablásemos un rato á solas.....

DIANA.

Como os parezca.

VALBERG.

Ya conocereis..... que á veces.....

DIANA.

Si, á veces..... tiene uno que decir ciertas cosas que.....

VALBERG.

Eso es, eso es... A mí me gusta en estremo la franqueza.

DIANA.

Y á mí. Como vos seais franco conmigo, yo tambien os diré.....

VALBERG.

Qué?

DIANA.

Ahora nada. Hablad vos primero.

VALBERG.

Es el caso.... que yo.... os quiero en estremo....

DIANA, *aparte.*

Ay! Mal principio!

VALBERG.

Pero....

DIANA, *aparte.*

Bien! Hay pero.

VALBERG.

Soy muy franco....

DIANA.

Ya os he dicho que me gusta la franqueza.

VALBERG.

Entonces.... (*aparece el Conde*) Mi tio!

DIANA, *aparte.*

Qué fastidio! Ya iba á darme calabazas!

ESCENA VIII.

DICHOS, *el* CONDE.

CONDE.

Ya, gracias á Dios, he dado mis órdenes he tomado mis medidas y despachado correos á todas partes. Ahora podeis contar conmigo para toda la noche.

VALBERG.

Es decir que los pliegos de la corte contenian noticias de importancia?

CONDE.

Mucho mas de lo que puedes pensar. Figúrate que los individuos del Consejo de Regencia me escriben que por medio de un atentado sin ejemplo, inaudito, han sido robados, estrayéndolos del mismo palacio, todos los diamantes de la corona ducal.

VALBERG.

Es posible?

CONDE.

Para que formes idea de la importancia del robo, es menester que sepas que en la familia de nuestros Soberanos ha sido hereditaria la aficion á los diamantes, y que el difunto Gran Duque reuniendo á lo de sus antecesores lo mucho que él adquirió, habia formado la mas rica coleccion de piedras preciosas que puede imaginarse. Ciertos dias del año se mostraba públicamente, y era la admiracion de todos. En fin, se trata de inmensas sumas.... de un capital que acaso no posea ningun príncipe de Alemania.

DIANA.

Pero ¿cómo se ha podido llevar á cabo semejante robo?

CONDE.

Nadie acierta á esplicarlo! Pero se sabe que los culpables aun no han podido salir del Gran Ducado.... y acaso estarán todavía en la corte. Por eso acabo de mandar que se tenga en todos los caminos la mas esquisita vigilancia. He prohibido que se faciliten á nadie caballos de posta, y que no se deje andar por los caminos mas carruaje que el mio, cuyas armas y librea son bien conocidas. En fin, por poco que salte algun indicio....

VALBERG, *dando la mano al Conde.*

Tio, si creeis que puedo ser útil para algo, disponed de mí.

CONDE, *cogiendole la mano.*

Dios mio! Qué veo! ¿Qué llevas ahí?

VALBERG.

Nada, es un anillo de poco valor.

CONDE.

De poco valor!... No, no me engaño.... es la famosa estrella polar de que tanto gustaba el Gran Duque..... La he visto muchas veces. La misma!

DIANA.

Qué decis?

CONDE.

Que es una de las alhajas robadas..... un brillante célebre por sus luces.... como que brilla de noche como una hoguera. (*Queriendo apagar las luces*) Ahora vereis.

VALBERG.

No, no, es inútil; me basta con vuestra palabra.

CONDE.

Pero cómo se halla en tu poder?

VALBERG.

No recuerdo.... La he comprado hace poco.....

CONDE.

A uno de los ladrones! Ya hay indicios. Quién era?

VALBERG, *dudando.*

Era..... era..... un platero de Olburgo!

CONDE.

Cuál?

VALBERG.

Uno de la calle Mayor.

CONDE.

Sí! Una tienda muy lujosa! Wilhem.

VALBERG.

Puede..... Yo no lo conocia..... Ademas acaso no será culpable.

CONDE.

No importa, se le prenderá.

VALBERG.

Pero, tio.....

CONDE.

Eso nunca está demas..... se le prende primero y despues hay tienpo de informarse..... de saber quienes son sus complices..... sus compañeros..... porque deben formar cuadrilla.

DIANA.

Ay Dios mio! Si fuese la cuadrilla de la sierra, la que tiene por capitan á una muger, á Ida.

VALBERG.

Esas son visiones, como mi tio decia antes.

CONDE.

Si, pero ahora.....

VALBERG.

Es absurdo!

CONDE.

No importa: nada se debe despreciar.

DIANA.

Mi padre tiene razon.

VALBERG.

Y quién os mete á vos? Son estos asuntos de mugeres?.... Vamos á bailar la contradanza que me habeis ofrecido.

DIANA.

Ahora se os antoja! No, que antes quiero mostrar á mi padre la Gaceta para que sepa las señas de Ida.

VALBERG.

Ahora es ocasion de eso! Estando tan ocupado como está, y teniendo que informarse de si Wilhem el platero.....

CONDE.

Tienes razon; ahora mismo voy á dar órden de que le prendan.

VALBERG.

No decia yo eso!

CONDE.

Voy á estender el decreto. (*se pone á escribir y dice á Diana*) Pon la Gaceta en mi despacho porque ya ves que ahora no puedo.....

VALBERG.

Ya veis que no puede.

DIANA.

Sino es mas que eso, yo se la leeré.

VALBERG.

Eso es! Para que no sepa lo que escribe, y mande prender á otro ....

DIANA.

Qué! (*leyendo*) «Ida es jóven y linda, tiene pelo y ojos negros.»

VALBERG.

Con que deciamos, tio, que el platero Wilhem.....

DIANA, *leyendo.*

«Pelo y ojos negros»

CONDE, *distraido á Valberg.*

Wilhem tiene ojos negros?

DIANA, *leyendo.*

«Ida.»

VALBERG.

Y saldremos para la Córte?

CONDE.

Asi que se firme el contrato. (*á su hija*) Diana.

DIANA, *leyendo.*

«No muy alta.»

VALBERG.

Mirad, prima, que vuestro padre os habla.

CONDE.

Mandarás disponer mi coche y mi tren para que salgamos los dos esta misma noche.

DIANA.

Está bien.

CONDE.

Que no falte, porque al amanecer tengo que estar en la Córte.

DIANA, *recorriendo la Gaceta.*

Dios mio! Qué semejanza! Será posible!

VALBERG, *al Conde que se ha levantado.*

Venid tio, yo no me separo de vos; vamos á dar órdenes y á tomar medidas, muchas medidas.

CONDE.

Si, si, vamos.

Arrastra á su tio y vánse.

ESCENA IX.

DIANA, *leyendo.*

No hay duda..... Es la misma..... ¡Y estaba aqui hace poco! A mi lado! Qué miedo! Y ellos bailan sin pensar en nada! Estamos perdidos! Socorro! Socorro!

ESCENA X.

DIANA, VALBERG, *que entra corriendo.*

VALBERG.

Callad, callad por Dios!

DIANA.

Ah primo, cuanto me alegro de veros! Me salvais la vida!

VALBERG.

Silencio!

En este instante, entra Ida por la izquierda, se sienta en un sofá detras de la mesa, y oculta por el espaldar de un sillon.

DIANA.

Sabeis que esa Ida, esa muger espantosa y que en efecto es bonita, está aqui.

VALBERG.

Que locura!

DIANA.

Mirad las señas... Es la misma!

VALBERG.

Callad!

DIANA.

Os juro que es ella.

VALBERG, *quitándola la Gaceta.*

No es verdad.

DIANA.

En ese papel está la prueba.

VALBERG, *rasgándolo.*

Ya no está en ninguna parte.

DIANA.

Mas asi estorbais que se la pueda reconocer y prender.

VALBERG.

Prenderla! No, no.

DIANA.

Cielo!

VALBERG.

Prima, si me amais, os compadecereis de mi.... no direis nada..... Callareis..... os lo suplico, os lo pido de rodillas.

DIANA.

Vos la defendeis y la protegeis. (*con viveza é indignacion*) La amais acaso?

VALBERG, *fuera de sí.*

Sí, la amo!

DIANA, *tapándose la cara con las manos.*

Qué horror!

VALBERG.

Es preciso que me ayudeis á hacer que salga de aqui..... á salvarla.....(*furioso, viendo que ella titubea*) Me ayudareis ó si no!..

DIANA, *temblando.*

Bien, primo: os ayudaré; pero con una condicion.

VALBERG.

Todo lo que querais! Mi caudal, mi vida.

DIANA.

No pido tanto; pero luego, cuando se vaya á firmar el contrato, vos direis que no.

VALBERG.

Os lo prometo.

DIANA.

Rehusareis terminantemente.

VALBERG.

Os lo juro.

DIANA.

Delante de mi padre y de todos los concurrentes.

VALBERG.

Delante del mundo entero si quereis; pero habeis de salvarla.

DIANA.

Y cómo?

VALBERG.

Es preciso que parta al momento, y su carruage está inútil.

DIANA.

Aunque no lo estuviera seria lo mismo, porque no se deja ir por los caminos ningun coche..... á no ser el de mi padre.

VALBERG.

Pues ese es el que la ha de llevar.

DIANA.

El de mi padre!

VALBERG.

No hay remedio. Os ha encargado que le hagais disponer..... Le servirá á ella..... á ella; ya lo ois, ó sino digo que sí, firmo el contrato, y me caso con vos.

DIANA, *con viveza.*

Le servirá, le servirá; voy á disponerlo.

VALBERG.

Bueno..... ¿en dónde os ha de esperar?

DIANA.

Ahi en el despacho de mi padre, donde nadie entra, y que tiene una escalera secreta que dá al patio.

VALBERG.

Muy bien.

DIANA.

Ahora solo me resta encargaros, que mireis lo que haceis.

VALBERG.

Lo que hago es salvar la vida á una pobre muger.

DIANA.

Una pobre muger! Decid mas bien una muger espan..... ah!

Ida al final de la escena se ha levantado, dirigiéndose al proscenio. Diana la vé y se queda temblando. Despues Ida le hace señal de que salga, y huye sin volver la cabeza.

ESCENA XI.

VALBERG, IDA.

VALBERG.

Cómo! Estabas espiando! Solo te faltaba esa gracia!

IDA.

Todo lo he oido.

VALBERG.

No te acerques..... vete.

IDA.

Aun estoy conmovida y enternecida.

VALBERG.

Y yo indignado y furioso..... Ahora té aborrezco de muerte..... pero no quiero olvidar que te debo la vida..... Mira, entra en ese gabinete; en él hallarás una escalera que da al patio, donde te espera un coche á ti y á tu digno mayordomo..... Que es eso? No me oyes? En qué piensas Ida?

IDA.

En tí. (*con curiosidad*) Quisiera saber si en efecto rehusarás por mí firmar el contrato.

VALBERG.

Mi tio viene..... vete Ida, por Dios, te va en ello la vida, hazlo por tí. (*Ida está inmóvil*) Pues bien..... hazlo por mí.

IDA, *conmovida.*

Te obedezco.

Vase.

VALBERG, *con espanto, cerrando la puerta.*

A Dios!

ESCENA XII.

DICHOS, *el* CONDE, LASTEIN, CONVIDADOS, *que entran sucesivamente.*

CONDE, *á varios convidados.*

Sí, Señores; tengo que marchar inmediatamente, el Estado reclama mi presencia en la Córte; pero antes quiero que presencies la firma del contrato matrimonial entre mi hija y mi sobrino.

Entra el notario. El Conde va á él. Varios criados colocan en medio una mesa con recado de escribir. El notario se sienta y oye lo que dice bajo el Conde.

LASTEIN, *aparte.*

No me queda ya esperanza!

VALBERG, *junto al gabinete.*

Si se habrá marchado! no oigo ruido de coche.

LASTEIN, *viendo á Diana que entra.*

Aqui está! (*bajo á ella*) Todo se perdió!

DIANA, *bajo, con festividad y mirando á Valberg.*

Al contrario, todo se ha ganado.

LASTEIN, *bajo.*

Pero el contrato!....

DIANA, *bajo.*

No importa.

LASTEIN, *bajo.*

Y el notario, y vuestro padre.....

DIANA, *bajo.*

No importa, no importa.

LASTEIN, *aparte viendo que Diana se acerca á Valberg.*

Qué alegria tan insultante!

VALBERG, *bajo á Diana.*

Y el carruaje?

DIANA, *bajo.*

Ya espera.

VALBERG, *bajo.*

Con que puede escapar?

DIANA, *bajo.*

Cuando quiera (*tomándole la mano*). Ahora que no os falte valor.

VALBERG, *procurando reponerse.*

Descuidad.

DIANA, *sonriendo.*

Estais temblando. Cuidado con lo prometido.

Quedan hablando bajo.

LASTEIN.

Parece que se adoran!

CONDE, *con aire de triunfo.*

Tal es mi voluntad. (*al notario*) Está ya todo corriente?

NOTARIO.

Si Señor.

CONDE.

Pues firmo el primero (*firma*). Ahora tu hija mia. (*Le alarga la pluma*).

LASTEIN, *aparte.*

Ah!

DIANA, *al pasar junto á Lastein, bajo.*

Nada temais!

LASTEIN, *aparte.*

Que no tema!... Si rehusará ella?... No... ha firmado.

CONDE.

Tu ahora, sobrino.

LASTEIN, *bajo á Diana.*

Pérfida!

DIANA, *bajo.*

Esperad!

VALBERG, *despues de pensar.*

No..... de ningun modo; yo no puedo firmar.

CONDE.

Cómo!

TODOS.

Ah!

VALBERG, *se halla junto á la puerta del gabinete que se abre, y aparece Ida viéndola él solo.*

Todavia aqui!

IDA, *con ternura.*

Os dois las gracias.

VALBERG, *con espanto.*

Huid de aqui!

Cierra con fuerza.

DIANA, *bajo á Lastein.*

Habeis visto?

CONDE, *en alta voz y con orgullo.*

Sr. Vizconde, la sorpresa que me causa tan inesperada negativa, no me impedirá exijir el que digais el motivo de tan indisculpable conducta ....

VALBERG.

Tio..... despues os diré, porque ahora ...

Se oye ruido de un coche.

CONDE.

Que es eso? A pesar de mi prohibicion.... (*corre á una ventana*) Qué veo! Mi carroza!

VALBERG, *aparte*.

Respiro! Ya está libre!

CONDE, *tocando la campanilla*.

Pero no hay quien me esplique? Diana, que es esto?

DIANA, *bajando los ojos*.

Yo mandé disponer el carruaje....

CONDE.

¿Y quién se ha atrevido á tomarlo?

ESCENA XIII.

DICHOS, *varios* CRIADOS.

UN CRIADO.

Una señora jóven con su mayordomo por órden de la Señorita.

CONDE.

Cómo?

CRIADO.

Y vuestra.

CONDE.

Es falso.

DIANA, *recobrándose*.

Sí, es falso.

CRIADO.

Subieron ambos al coche con la mayor ligereza, y ella me dijo su nombre al marchar.

CONDE.

Dilo presto.

CRIADO.

Me dijo solo que os dijese que se llamaba Ida.

TODOS.

Ida! Oh! Ah!

CONDE.

Esa muger, capitan de ladrones, y cuya cabeza está pregonada!.... Y en mi coche!

CRIADO.

Capitan de ladrones! Pues al subir dijo al que la acompaña: «Cuidado con la caja de los diamantes.»

CONDE.

Los diamantes! Si por acaso serian los de la corona?

VALBERG, *aparte*.

Justamente.....

CONDE.

Corriendo todo el mundo en persecucion suya..... Diez mil florines al que logre alcanzarla!

Van saliendo todos apresuradamente.

VALBERG, *aparte*.

Espero que nadie la alcanzará. En las postas deben saber cómo quiere ser servido cuando viaja un Gran Senescal!



ACTO TERCERO.

Una antecámara en el palacio de los Grandes Duques de Cassel. Al foro la sala del Trono separada por unas columnas y cortinas de terciopelo. A la derecha tres grandes balcones que dan á la plaza pública. A la izquierda las habitaciones de la Gran Duquesa, que son una puerta grande y dos laterales.

ESCENA I.

VALBERG, LASTEIN, *que entran juntos.*

VALBERG.

Tú en la Córte y en el palacio de la Gran Duquesa! Esperas sin duda audiencia como yó?

LASTEIN.

Si..... la compañía que yo mando está de servicio en palacio..... Hoy es la coronacion de nuestra soberana, hoy pone en sus manos el poder el Consejó de regencia..... y por lo mismo debe ser mas fácil obtener...

VALBERG.

Gracias y favores.

LASTEIN.

No, sino justicia.

VALBERG.

Pues no es pequeño favor obtenerla por los tiempos que corren. Aunque estoy recien llegado he tenido ya tiempo para conocer que el primer Gran Ducado de Alemania no es en el dia un paraiso..... empleados á quienes no se paga, y venden su conciencia..... el ejército desnudo é indisciplinado..... las rentas en tan mal estado que una bancarrota es ya indispensable. Preciosa situacion para el principio de un nuevo gobierno.

LASTEIN.

Pero hombre, tú que antes solo pensabas en divertirte, ¿te lanzas ahora á la política, y te pones á murmurar del Gobierno?

VALBERG.

Sí..... porque.... estoy de mal humor.

LASTEIN.

Por qué?

VALBERG.

Por todo. (*con empacho*) Pero dime, tú que has venido con mi tio y que no te has separado de él, ¿no podrias darme alguna noticia de aquella muger y de sus cómplices?

LASTEIN.

De quién? De Ida?

VALBERG.

Sí..... La persiguen? Mi tio, á cuyo cuidado está la policía, ha descubierto algo?

LASTEIN.

Nada, absolutamente nada.

VALBERG, *con festividad.*

Como siempre! No dirán que mi tio aborrece la libertad civil..... nunca ha podido prender á nadie. ¿Y qué noticias hay de su hija Diana?

LASTEIN.

Ay amigo! No sabes cuantos motivos tengo para estarte agradecido..... Si vivo todavia, á tí lo debo, porque si ella se hubiera casado, ya estaria yo muerto.

VALBERG.

Calla! Con que la primita y tú?...

LASTEIN.

Sí.....

VALBERG.

Me alegro; y si en algo puedo serviros...

LASTEIN.

Alguien viene.

VALBERG.

Señores de la Córte, que como nosotros solicitarán audiencia.

LASTEIN.

No; son tu tio y tu prima.

ESCENA II.

DICHOS, EL CONDE, DIANA.

CONDE, *saludando y conociendo despues á su sobrino.*

Qué veo! El Vizconde de Valberg se atreve á presentarse á mi vista.

VALBERG.

Perdonad, tio; sois vos el que os presentais á la mia..... yo estaba aquí antes esperando audiencia de S. A. La Córte es un terreno neutral donde cada cual lleva sus ódios y no los muestra, donde se dá la mano á los enemigos.

CONDE, *desviando la mano.*

Yo no os daré la mia..... He venido con mi hija porque la Duquesa de Limburg, camarera mayor de S. A., me habia ofrecido

presentarla á nuestra soberana, que creia hallarla casada.

VALBERG.

Pues el casarla solo en vos consiste, porque aqui teneis un hidalgo que la ama y que es amado.

CONDE.

Cómo!

LASTEIN.

Amigo!

DIANA.

Primo. (*bajo*) y mi padre que no sabia....

VALBERG.

Pues ya lo sabe.

CONDE.

No niego que tal solicitud merece tomarse en cuenta. Que el Sr. de Lastein ascienda y entonces veremos..... Pero en este momento me cercan graves cuidados.....

LASTEIN.

Si puedo seros útil, disponed de mí, de mi vida.

CONDE.

Pues bien; se os presenta una ocasion de acreditaros. Dadnos los medios de recobrar los diamantes de la corona.

VALBERG, DIANA, *aparte.*

Oh!

CONDE.

Y nada de cuanto pidais se os negará.....

LASTEIN.

De veras! Y cómo?....

CONDE.

Logrando prender á Ida y á sus cómplices.

VALBERG.

Ida!

CONDE.

Su atrevimiento no conoce límites. Figuraos que al llegar, he hallado en el patio de mi palacio mi carruaje que me habia devuelto.

VALBERG.

Sí!

CONDE.

Y una esquela que solo contenia estas palabras: «Os doy gracias por el préstamo de vuestro carruaje, que es mas cómodo y mejor que el mio.»

LASTEIN.

Con que está en la ciudad? Pues descuidad que voy inmediatamente. ...

VALBERG, *deteniéndole asustado.*

Espera..... aun no sabes.....

LASTEIN.

No importa..... como logre el menor indicio, yo aseguro.....

DICHOS, PETERS, *un* UGIER.

UGIER, *anunciando.*

El Sr. Baron Pandord, consejero intimo de S. A.

Se presenta Peters ricamente vestido y con varias condecoraciones. El Conde se dirige á saludarlo. Despues Peters se acerca al proscenio y saluda á Diana, que al reconocerlo dice

DIANA, *aparte.*

Dios mio!

Saluda á Valberg.

VALBERG, *aparte.*

Que veo!

Saluda á Lastein.

LASTEIN, *aparte.*

Cielos! (*Le sigue con la vista, y viendo que el Conde le habla bajo, se acerca á este y le dice*)

Con que vos conoceis personalmente al Señor Baron?

CONDE.

No, pero su familia es muy conocida..... oriunda á lo que creo de Baviera.

PETERS.

En efecto.

CONDE.

Cuenta entre sus ascendientes varios Emperadores de Alemania.

PETERS.

Asi es; yo soy descendiente de la segunda rama.

CONDE.

No tengo noticia de ella; pero basta ser de la familia. Y cómo no he tenido el gusto de veros antes en la Córte?

PETERS.

Es la vez primera que á ella vengo.

LASTEIN, *aparte.*

No hay duda: es el mismo.

CONDE.

Vendreis sin duda á asistir á la coronacion?

PETERS.

Si; he sido convidado por S. A., que me concede hoy audiencia.

LASTEIN, *aparte.*

Entonces no es él.

VALBERG, *aparte.*

Vamos! Es imposible imaginar mayor descaro! (*á Lastein que le tira de la casaca*) Qué quieres?

LASTEIN, *bajo.*

Mira.

VALBERG.

Qué?

LASTEIN.

No te recuerda el rostro de ese Baron el de un picaronazo?....

VALBERG, *aparte con espanto.*

Malo! (*afectando tranquilidad*) No, no á fé mia.

LASTEIN, *bajo.*

Con que no se parece como un huebo á otro al mayordomo de Ida?

VALBERG, *encogiéndose de hombros.*

Quita allá!

LASTEIN.

Mira bien, hombre!

VALBERG.

Dejate de locuras!

LASTEIN.

La semejanza es evidente.

VALBERG.

Ni por pienso.

LASTEIN.

Pues estás ciego!

VALBERG.

Lo estás tu.

CONDE.

Qué disputa es esa?

LASTEIN

Decididla vos Sr. Conde. ¿No es cierto que ese caballero se parece en estremo al que acompañaba la otra noche á la muger que pidió asilo en vuestra quinta?

CONDE.

No puedo juzgar, por que no lo ví.

LASTEIN.

Es verdad!

CONDE.

Pero mi hija le recibió y puede decidir.

LASTEIN.

Bien, no tengo yo razon, Señorita?

VALBERG, *bajo á Diana.*

Yo cumplí mi promesa, cumplid vos la vuestra.

LASTEIN.

Vamos, no es cierto que son todas las facciones del mayordomo de Ida?

DIANA, *encogiéndose de hombros.*

Qué disparate!

LASTEIN.

Con que nó?

DIANA.

Digo que es un desatino.

PETERS, *acercándose.*

Si se puede saber el objeto de tan acalorada disputa, puede que yo acierte á resolverla.

LASTEIN.

No, no es nada..... es una cuestion sobre semejanzas.

PETERS.

¿Tengo acaso la honra de parecerme á alguna persona de vuestro aprecio?

LASTEIN.

No precisamente, pero sí á una persona, cuya vista apreciaria yo ahora en estremo.

VALBERG.

Lastein!

LASTEIN.

Nada digo que pueda ofender al Sr. Baron. (*aparte*) Lo dicho, dicho; no se dan dos personas tan parecidas.

ESCENA IV.

DICHOS, *el* UGIER.

Se abren las puertas de la habitacion de la Gran Duquesa.

CONDE.

S. A. está visible y sin duda podremos entrar ya.

UGIER, *presentándose.*

S. A. no recibe ahora.....

VALBERG.

Teniamos pedida audiencia.

UGIER.

Ahora no puede ser.

CONDE.

Es que debo informar á S. A.

UGIER, *deteniéndole con respeto*

No recibe mas que al Sr. Baron de Pandort.

VALBERG.

Qué oigo! No puede ser!

CONDE.

Por qué?

VALBERG.

Por qué! Por qué!.... Lo que yo digo es que no salgo de aqui.

CONDE.

Quereis contravenir las órdenes de S. A?

VALBERG, *colérico.*

Lo que quiero es estorbar que nuestra Soberana quede á solas....

PETERS, *con frialdad.*

Con quién?

VALBERG, *furioso.*

El me-lo pregunta!

CONDE.

Y tiene razon!

LASTEIN.

Esplicate!

VALBERG.

Pues bien, no debo.... (*aparte*) Qué voy á hacer? He prometido callar. (*alto*) Vámonos, salgamos de aqui. (*aparte*) Pero no iré muy lejos.

CONDE.

Decididamente mi sobrino está loco!

Vánse.

ESCENA V.

PETERS, UGIER.

UGIER.

S. A. ha mandado que la espereis aqui.

Saluda y vase.

PETERS, *solo.*

Pues señor, la Gran Duquesa va á venir; y digan lo que quieran, siempre impone el ver á una persona que con solo una palabra puede hacer cortar la cabeza de quien se le antoje.... Sin embargo, yo me he visto en trances mucho peores. Veamos si mi relacion está conforme con lo mandado y puede archivarse con los demas documentos. El estilo será malo, pero todo es verdad (*leyendo*). «A S. A —Señora: el 12 de octubre último me hallaba yo en un oscuro calabozo» (*deteniéndose*). Si, era el 12; al dia siguiente 13 debia ser ahorcado. Hay fechas que nunca se borran de la memoria. (*continuando*) «De repente se abrió la puerta de mi prision y entró una Señora jóven.—Sois Peters el de la sierra del Norte? me preguntó.—Si Señora.—Sé que os han ofrecido entero perdon si descubriais vuestros cómplices, y habeis callado. —Es verdad.—Entonces me miró, como si me dijese: bien hecho; y en seguida continuó.—Peters, habeis sido sentenciado á muerte por monedero falso, y ademas por haber imitado piedras preciosas con tal perfeccion, que nadie distinguia las verdaderas.—Es verdad, respondí.—La desconocida me mostró entonces un magnífico brillante, y me dijo:—Lograriais imitar este?—Aqui me será dificil, pero en la sierra donde estan mis fábricas y mis trabajadores....—Aqui mismo se os dará cuanto podais necesitar.» (*interrumpiéndose*) Aqui se me ha olvidado poner que á los pocos dias estaba mi trabajo concluido, y de tal manera, que mi protectora no distinguia el modelo de la copia. (*continuando*) «Logré entonces la libertad, y mi protectora me llevó á un sitio apartado. Alli me dijo.—Soy dama de honor de la Gran Duquesa Amelia, que dentro de poco entrará á gobernar, cesando el Consejo de Regencia que nombró su padre. Pero la situaciou del Estado no puede ser mas deplorable. No hay un maravedí en las cajas.—Diciendo esto se acercó á un gran cofre dorado, le abrió y quedé deslumbrado al ver tan rica pedrería. Contenia todas las alhajas reunidas sucesivamente por todos los soberanos.—Estos son tesoros inútiles, dijo, riquezas estériles que para nada sirven.... pero seria imposible utilizarlos sin gran escándalo y sin privar al trono ducal de su esplendor y de su dignidad.»—(*interrumpiéndose*) Yo lo creo; el dia que el pueblo supiese que faltaba el tesoro de la corona lo creeria todo perdido. (*continuando*) «Entonces me comunicó la voluntad de V. A. Supe que las leyes del pais ordenaban que el Gran Duque ó Duquesa antes de ser coronado debia pasar un mes en absoluto retiro y que V. A. pensaba retirarse al cabildo de Canonesas que está en la sierra del Norte, con el objeto de vijilar el trabajo de copiar todas las alhajas, por medio la dama de honor, que consintió pasar por mi sobrina Ida».... Todo lo demas está en regla, y S. A. ha recompensado mi celo dándome un nombre y la plaza de consejero íntimo con la direccion de la policía secreta. Ha hecho muy bien. Un clavo saca otro clavo, y nadie como yo puede desempeñar tal encargo. (*se quita con viveza el sombrero*) Alguien viene.

UGIER, *anunciando.*

S. A.

PETERS.

Vamos; valor!

ESCENA VI.

La Gran Duquesa sale de su habitacion con un sencillo vestido de blanco. Se adelanta Peters, que permanece inclinado, y pone una rodilla en tierra.

IDA.

Levántate.

PETERS, *levantando la vista y dando un grito de sorpresa.*

Ah! La confidente de S. A.

IDA, *sonriendo.*

No, S. A. misma.

PETERS.

La Gran Duquesa!

IDA.

Y tu sobrina Ida.

PETERS, *con turbacion y bajando los ojos.*

Señora, es un honor para la familia..... que verdaderamente no merecia.

IDA.

Me has servido con celo, actividad y valor.... Has espiado bien tus faltas.

PETERS, *entregando varios papeles.*

Ahi está la lista de todos los tesoros que han pasado por mi mano. Todas las alhajas que se me confiaron han sido imitadas, poniendo las falsas en lugar de las verdaderas, que vendidas por comisionados fieles en las primeras plazas de Europa, han producido sumas inmensas, que estan depositadas en casas seguras, segun consta de los documentos que he tenido la honra de presentar á V. A.

IDA.

Bien; ahora ya puedo gobernar y sin empréstitos, sin nuevas contribuciones, sin perjudicar á nadie mas que á la Gran Duquesa, que llevará hoy en su coronacion diamantes falsos. Pero ¿qué importa? Nadie lo conocerá.

PETERS.

Respondo de ello á V. A.

IDA.

Por qué?

PETERS.

Porque sea cual fuere su brillo (*con galanteria*) nadie mirará los diamantes.

IDA.

Ola! Peters el monedero se convierte en cortesano y en adulador! Eso no me acomoda (*le hace señas de que acerque un sitial y se sienta.*) Al contrario; te he dado la direccion de la policía secreta para saber la verdad..... Vamos qué se dice hoy?

PETERS.

No se habla de otra cosa que de la coronacion, y de cuál será el esposo que se destina á V. A. Dicen que segun el testamento del difunto Soberano, deberá V. A. tomar el esposo que elija el Consejo de Regencia.

IDA, *suspirando.*

Es cierto! ¿Y no se sospecha cuales son las intenciones de los tres regentes?

PETERS.

Parece que uno de ellos ha recibido grandes sumas de la Baviera y otro del mismo Emperador por cuenta de un Archiduque.

IDA.

Es alguno de ellos el Conde de Olbruk?

PETERS.

Ese es el único que todavia no está comprado.....

IDA, *con satisfaccion.*

Bien.

PETERS.

Acaso no le habrán ofrecido lo bastante; pero esta mañana ha tenido una conferencia secreta con un enviado del rey de Suecia (*gesto de enfado de Ida*) ¡Y yo que me acuerdo ahora de haber oido decir mil veces á V. A. que su único sueño era verse amada por sí misma!

IDA, *suspirando.*

Un sueño! Dices bien. Puedo yo acaso pensar en eso?

PETERS.

Si V. A. lo permite continuaré mi relacion.

IDA.

Sí.

PETERS.

Pues he descubierto que hay en la Córte un vasallo de V. A., que se atreve á amarla locamente.

IDA, *sonriendo.*

De veras?

PETERS.

Soy voto en la materia; porque el tal caballero y yo somos enemigos mortales, y ya me hubiera hecho ahorcar á no ser por temor de comprometer á V. A.

IDA, *con emocion.*

Ah! Es el Vizconde de Valberg.

PETEES.

El mismo; está verdaderamente enamorado.

IDA, *con emocion.*

Bien, le alejaré de la Córte, ó por recom-

pensar la fidelidad de que me ha dado tantas pruebas, le nombraré embajador.

PETERS, *lentamente y mirándola.*

Otra cosa mereceria él quizás!

IDA, *con viveza.*

Calla! Calla! (*con dignidad*) Te he elegido para que me cuentes lo que pasa y no para que me des consejos. No es el momento oportuno de dar oidos á sueños, ó recuerdos romancescos, aquel en que voy á subir á un trono, y en que todo un pueblo tiene sus ojos fijos en mi.

PETERS.

Al poder soberano nada le es dificil.

IDA.

Yo no lo poseo; hay un Consejo de Regencia, árbitro en eso.

PETERS.

Es cierto; y entonces yo aconsejaré á V. A. que vuelva á ser Ida.

IDA, *sorprendida.*

Por qué?

PETERS.

Porque ganaria en autoridad. Cuando V. A. se llamaba Ida era dueña absoluta de su voluntad, le bastaba decir á Peters, su único ministro: yo lo quiero. Y por mas que los otros murmuraban, Peters se contentaba con decirles: Ida lo quiere. (*con energía*) Y se hacia!

IDA.

Calla!

PETERS.

Esto sucedia entonces. Ahora que V. A. es soberana y dueña de un hermoso ducado, parece que son los demas los que hablan como Ida hablaba.

IDA, *con severidad y levantándose.*

Peters!

PETERS.

V. A. me paga para que diga la verdad y he querido ganar mi sueldo.

IDA.

Basta, dejame.

PETERS, *saluda, y aparte al salir.*

No importa, aunque lo aparenta no está enfadada.

ESCENA VII.

IDA.

Oh! Cuanto me ha hecho padecer! Porque tiene razon; yo no soy dueña sino esclava; esclava de todo el mundo. Y al cabo él tiene un nombre ilustre, la fama de su valor es europea... no, no... todos lo llevarian á mal..... el Consejo se opondria...Pero ¿no soy yo aquí la soberana? Oh! Verán que no en vano llevé el nombre de Ida...... Quiero hacer mi voluntad y si desecho su amor... que no se me imponga ninguno. Qué es eso?

ESCENA VIII.

IDA, *el* CONDE *que entra.*

Traigo á V. A. la decision del Consejo de Regencia con respecto á su matrimonio.

IDA.

Bien; hablad.

CONDE.

Entre todos los pretendientes ha escogido el Consejo al Príncipe de Suecia; y como antes de la coronacion es preciso que V. A. apruebe su decreto.....

IDA, *tomando el papel.*

Ya lo sé. (*se sienta y escribe*) Pero tengo que proponer una ligera alteracion.

CONDE.

Como guste V. A.

IDA, *dándole el papel.*

Esa es.

CONDE, *leyendo.*

«El Consejo de Regencia deja á S. A. el derecho de elegir libremente esposo» (*aparte*) Cielos! Y mis compromisos con Suecia! (*alto*) Ciertamente que mis cólegas y yo quisieramos acceder..... pero el testamento del augusto Padre de V. A., las leyes del pais.....

IDA.

Si las leyes del pais han de ejecutarse con rigor, mañana quedarán confiscados los bienes de vuestros colegas, que han dejado robar los diamantes de la Corona.

CONDE, *con viveza.*

Hará V. A. muy bien. A ellos estaba confiada la custodia del guardajoyas, y son responsables; pero yo estaba ausente, cuando se verificó el robo, para asuntos del servicio... yo no tengo la mas mínima culpa.

IDA.

Que no! Pues no recibisteis en vuestra quinta á Ida?

CONDE, *aparte.*

Dios mio! Quién se lo habrá dicho? (*alto*) Yo ignoraba absolutamente.....

IDA.

No auxiliasteis su fuga prestándola vuestro carruaje?

CONDE, *aturdido.*

Yo ignoraba absolutamente.....

IDA.

Y todo de acuerdo con vuestra hija y vuestro sobrino, á quien os mando prender inmediatamente.

CONDE, *mientras ella escribe.*

Mi sobrino! No lo dudo; y mucho mas que ahora recuerdo cierto anillo. (*Ida le dá un pliego*) Pero mi hija, es imposible; respondo de ella á V. A. como de mi mismo. Aqui está.

IDA, *aparte.*

Diana aquí!

CONDE.

La Duquesa de Limburg se habia encargado de presentarla á V. A.; pero voy yo mismo...

IDA, *aparte.*

Si me reconoce todo se pierde.

ESCENA IX.

DIANA, IDA, *el* CONDE.

El Conde trae á Diana hácia el proscenio. Ida sentada á una mesa á la izquierda le vuelve la espalda y hace como que escribe.

CONDE.

Ven, hija mia; y que S. A. oiga de tu misma boca mi justificacion.

DIANA.

Padre!....

CONDE.

Habla con franqueza y sin disfraz....

DIANA, *aparte.*

Yo tiemblo!

CONDE.

Han dicho á S. A. que tú, de acuerdo con tu primo, has recibido en mi casa, ocultado y protegido en su fuga á esa infame muger, á esa Ida....

DIANA, *aparte.*

Dios mio!

CONDE.

Vamos, responde; desvanece tan atroz acusacion, y vuelve por tu honor y el de tu padre.

DIANA.

Ah!

CONDE.

Callas?

DIANA.

Ah Padre! Castigadme, pues todo eso es verdad.

CONDE.

Verdad! Oh! Qué horror!

DIANA, *pasando delante de su padre y arrojándose á los pies de Ida.*

Señora, yo sola soy culpable..... mi padre nada sabia..... sin su consentimiento protegí á esa miserable muger..... (*ve á Ida*) Dios mio!

IDA, *bajo.*

Calla!

DIANA, *aparte.*

Que asombro!

IDA, *bajo.*

Ni una sola palabra; te va en ello la vida.

DIANA, *bajo.*

Descuide V. A.: callaré.

IDA.

En cuanto á vos, Conde, ya sabeis el precio de vuestro perdon y el de vuestros compañeros. Que venga al momento firmado ese escrito, de lo contrario....

CONDE, *con viveza.*

Vendrá, Señora, vendrá.

IDA, *bajo á Diana.*

Tú no dirás á nadie una palabra de lo que sabes, ni á tu padre, ni á tu primo....

DIANA, *bajo.*

Muy bien!

IDA, *bajo.*

En premio de tu reserva te prometo que serás esposa de Lastein.

DIANA, *bajo.*

Cuente V. A. con que antes me matarán que.....

IDA, *alto.*

Id pues Sr. Conde; y no tardeis en volver.

Vase el Conde.

DIANA.

Señora!.... (*viendo á Valberg que entra*) Ah!

ESCENA X.

VALBERG, IDA, DIANA.

Valberg ve á Ida que iba á salir y corre á ella dando un grito.

VALBERG.

Que veo! Infeliz! Tu quieres perderte y

perderme? Cómo te hallas aquí, en la habitacion de S. A.?

DIANA, *asustada, pasando á su lado y queriendo hacerle callar.*

Primo!

IDA, *deteniéndola.*

Silencio!

VALBERG.

Aunque ya debí esperarlo al ver á tu cómplice. Debí conocer que tu no estarías lejos, porque el crímen une mucho.

DIANA.

Hablar de ese modo!

VALBERG.

Oh! Ha de oirme quiera ó no quiera.

IDA.

Caballero!

VALBERG.

No, no creas engañarme con ese aire de importancia. No te dejo marchar hasta saber donde podré volver á verte hoy mismo.

DIANA.

Qué decis!

VALBERG, *á Diana.*

Si, si, no puedo vivir sin ella..... Me es imposible resistir mas.

DIANA, *aparte con desesperacion.*

Dios mio! Dios mio!

VALBERG.

Y no crea que me engaña. Adivino su intento.

DIANA.

Pero!...

VALBERG.

Sé adonde quiere ir á parar con su infernal coqueteria y con sus artificios....

DIANA, *juntando las manos.*

Primo, por Dios!

VALBERG.

Pero no importa. Ya que no tengo otro medio, estoy decidido, me resigno y me caso con ella.

DIANA, *dando un grito y apoyándose en un sitial.*

Vos!

Ida mira á Diana y la hace señas de que calle.

VALBERG, *á Ida señalando á Diana.*

Mira. Está horrorizada al ver los efectos de mi vergonzosa pasion. (*corriendo á Diana*) Ya concibo prima, vuesta indignacion y vuestra cólera; pero tranquilizaos, no deshonraré el ilustre nombre que heredé de mis abuelos..... me espatriaré..... me haré pasar por muerto y lo estaré en efecto para mi familia y para el mundo entero.... y en cuanto á mi caudal, os le cederé para que podais casaros con Lastein.

IDA, *con emocion.*

Eso hareis!

VALBERG, *con amor y cólera.*

Si..... prefiero á todos los bienes de la tierra, la dicha..... no la infamia de ser tuyo.

DIANA, *colocándose entre los dos y poniéndole una mano en la boca.*

Eso es ya demasiado!

IDA, *deteniendo á Diana.*

Silencio! (*bajo á Valberg*) Adios.

VALBERG, *detenido por Diana.*

Pero te he de volver á ver?

IDA, *alejándose.*

Te lo prometo.

VALBERG.

Cuando?

IDA.

Hoy mismo.

VALBERG.

Donde?

IDA, *entrándose.*

Aquí.

VALBERG, *forcegeando con su prima que lo detiene.*

Dice que aquí..... No puede ser: me engaña y voy.....

DIANA.

Qué quereis hacer?

VALBERG.

Seguirla!.... Robarla!

DIANA, *fuera de sí.*

Y perderos para siempre!

VALBERG.

No importa..... Ah, mi tio!

Va á salir. Entran varios soldados mandados por Lastein.

ESCENA XI.

VALBERG, DIANA, LASTEIN, *el* CONDE, SOLDADOS.

CONDE, *entrando con Lastein.*

Pues segun eso la vida de nuestra Soberana está en peligro, y es preciso registrar hasta el último rincon de palacio.

VALBERG, *aparte.*

Oh!

DIANA.

¿Por qué padre?

CONDE.

Qué? No sabes lo que pasa? Han visto recorrer algunos salones de palacio á esa inicua muger, á esa Ida.....

DIANA.

Callad!

CONDE.

Cómo que calle! Te digo que la han visto dentro de palacio y que he dispuesto como Gran Senescal se haga el mas escrupuloso registro hasta en la misma cámara de S. A., donde pudiera hallarse escondida con pérfidas intenciones.

VALBERG, *aparte.*

Se acabó; ya nada puede salvarla.

DIANA.

Padre! esta no es ocasion oportuna de registros ni prisiones.

VALBERG, *con viveza.*

Mi prima tiene razon. Dentro de un instante va á principiar la ceremonia de la coronacion.....

CONDE.

Vuestra oposicion, Sr. Vizconde, es un indicio mas de que la criminal se halla aqui. Vos, como su cómplice, debeis tambien ser preso.

VALBERG, *aparte.*

Logró perderme! (*alto*) Yo su cómplice!

CONDE.

Sí; mi hija y yo lo sabemos muy bien... es decir, no sabemos una palabra, y guardaos de comprometernos en vuestras declaraciones.

DIANA.

Pero, padre ¿qué vais hacer?

CONDE.

Qué voy hacer! A prender á esa muger, arrastrarla á los pies de la Gran Duquesa y á decir á esta: Señora, el hombre á quien han acusado ante V. A. ha hecho lo que hasta ahora no habia logrado nadie, ha preso á esa infame, á esa horrible harpía, y la presenta á V. A. para que la haga morir en el mas atroz suplicio.

VALBERG, *aparte.*

Gran Dios!

DIANA.

Mas..... y si estais equivocado?

CONDE.

Ya he dicho una y mil veces que yo nunca me equivoco. Pero no perdamos el tiempo en vanas palabras. (*señalando la puerta por donde salió Ida*) Sr. de Lastein, vamos por aqui.

VALBERG, *lanzándose á la puerta.*

No, no, por aqui no.

DIANA.

Primo!

LASTEIN.

Amigo!

CONDE.

Se opone á nuestra entrada! No hay duda Ida está en esa habitacion. Adelante!

VALBERG.

Nadie logrará entrar sino pasando por encima de mi cadáver.

DIANA.

Dejadlos entrar, primo!

LASTEIN.

Valberg, que os perdeis!

CONDE.

Os intimo por la última vez que deis paso al Gran Senescal.

VALBERG.

Nunca!

CONDE.

Soldados, cumplid vuestro deber.

Los soldados van á forzar la puerta. Valberg pone mano á la espada. La puerta se abre y un Ugier anuncia.

UGIER.

S. A.

VALBERG.

La Gran Duquesa.

TODOS.

Ah!

Se hacen atras.

ESCENA XII.

DICHOS, IDA, *cubierta con un velo.* PETERS, CORTESANOS, SOLDADOS *y* GUARDIAS.

IDA, *desde la puerta.*

Qué es eso?

CONDE.

Perdonad, Señora..... ese hombre. que no es ya mi sobrino ni reconozco por nada mio, quiere estorbar la prision de esa pérfida muger que ha logrado introducirse en palacio.

IDA.

Sr. Vizconde!

VALBERG.

Señora!..... (*arrojándose á los pies de Ida*)

Es cierto y no pretendo disculparme; pero esa muger, á quien se persigue, será criminal, merecerá mil castigos.... mas me salvó la vida y.... yo.... yo no sé lo que esperimento.... mi gratitud.... si ella muriese no podria sobrevivirla. No quiero evitar el castigo que mis faltas merezcan, ni nada pido para mí á V. A.; pero si el nombre ilustre que llevo, si las distinciones que he conquistado son acreedoras de alguna consideracion, sirva para ella.... salve yo su vida y muera despues.

IDA, *con suma emocion.*

¿Creeis acaso que vuestra gratitud basta para acallar mi justicia?

VALBERG.

Señora, no es solo mi gratitud la que os implora.... No... es...

IDA.

Qué?

VALBERG.

Mi amor!

IDA.

Vos la amais!

VALBERG.

Y juzgad cual será la violencia de mi cariño cuando el respeto no alcanza á imponerle silencio!

CONDE.

La ama! ¡Qué blasfemia!

IDA.

Tiene razon el Conde, y no es esta ocasion.... (*hace señas de que se levante*) ¿Qué ha resuelto el Consejo?

CONDE, *con viveza y entregándola un papel.*

Accede completamente á los deseos de V. A., limitándose solo á indicar, que los pretendientes que hemos creido mas dignos son el Príncipe de Suecia, el Archiduque de Austria y el Duque de Baviera.

IDA, *despues de leer el papel.*

Está bien.... Si en vez de fatigarme con peticiones.... inoportunas, los Señores de mi corte pensasen en la felicidad del Estado.... y.... pudiese yo contar con su apoyo....

VALBERG, *con cierto despecho.*

Yo, Señora!

IDA.

Vos el primero; porque el primero sois en nobleza y renombre. Si yo os consultase ahora ¿podriais aconsejarme? Si yo os dijese que en vez de imponer á mis súbditos un príncipe estrangero....

CONDE, *aparte.*

Cielos!

IDA.

Estaba resuelta á elegir esposo entre los nobles de mi pais, ¿qué me diriais?

VALBERG.

Confieso que soy muy culpable.... y que no sé....

IDA.

Bien merece vuestra Soberana que depongais los pensamientos que os ocupan para darla un consejo....

VALBERG, *aparte.*

Oh qué tormento! (*alto*) En efecto....

IDA, *con severidad.*

Responded terminantemente.

VALBERG.

Pues bien, sí.... nada de estrangeros.... V. A. dice muy bien.

IDA.

Entonces vos sois el esposo que elijo.

VALBERG, *estupefacto.*

Yo!!!

LASTEIN.

El Vizconde!

CONDE.

Mi sobrino!

VALBERG.

Señora, tal eleccion!

IDA.

No puede menos de ser aprobada por todos. ¿Quién os aventaja en nobleza? ¿Cuál de mis súbditos os iguala en renombre y en valor? ¿No quedan asi desvanecidos los enojos y rivalidades de estrangeros? ¿No libro asi á mi patria de un amo en el esposo que elija y de muchos enemigos en los que desaire? ¿No es verdad, Sr. Conde? ¿Qué os parece, Señores?

CONDE, *con viveza.*

Señora! Una resolucion semejante muestra bien la augusta sabiduría de V. A., y mi único sentimiento es que no haya ocurrido al consejo tan luminosa idea.

CORTESANOS.

Oh! Sí, ciertamente.... Es indudable.

VALBERG.

Pero Señora!... En mi situacion....

IDA.

Aprecio esa modesta irresolucion que os hace titubear. Pero, sabed Vizconde que no todo es gloria en el poder soberano y que el labrar la dicha de un pueblo es pesada carga. En el puesto que os ofrezco hay honra y tambien sacrificio.

VALBERG.

No es eso lo que.... V. A. olvida que hace poco....

IDA.

No he olvidado vuestra súplica. (*saca un papel*) Tomad.... ese es el perdon de Ida.

VALBERG.

Será cierto!... (*abre el papel*) Qué veo! Mi salvo-conducto!... Pues cómo?... Ah!

IDA, *ya descubierta.*

Callad!

Valberg se arrodilla y besa su mano.

VALBERG.

Yo estoy soñando!

PETERS, *acercándose á Valberg y con mucho respeto, bajo.*

¡Cuando yo decia que no la tuteárais!

VALBERG.

Tanta dicha ¿podrá ser cierta?

IDA.

No soñais, soñabais antes,
pues de cuanto veis aqui
solo hay falso y baladí
su título y mis diamantes;
mas ya en críticos instantes
temo que mi dicha aborte;
y la eleccion de consorte
que ya el consejo aprobó,
se anula si dicen no
los Señores de la Corte.

FIN DE LA DAMA DUENDE.

Imp. de D. F. Suarez, plazuela de Celenque, 3.